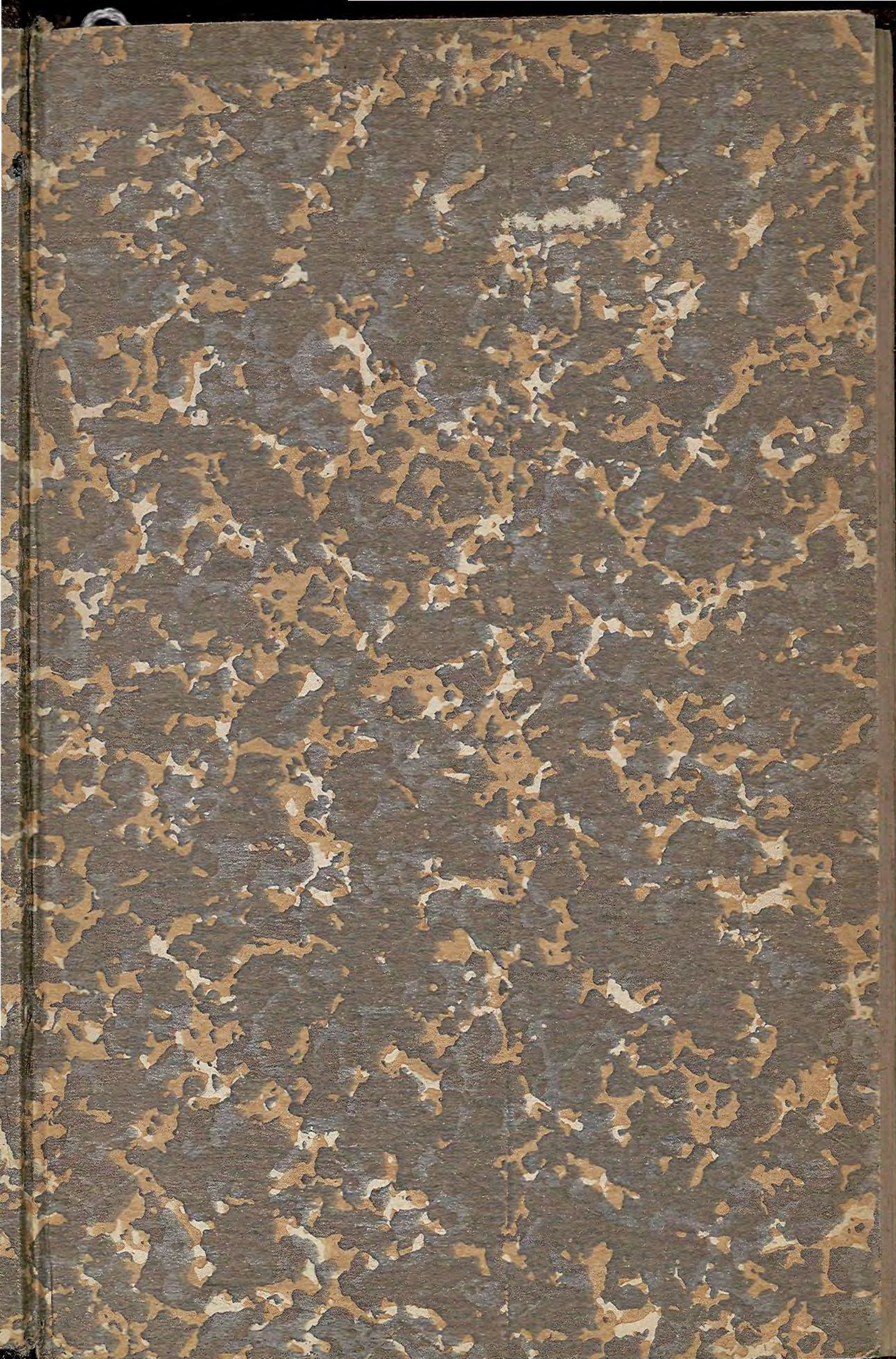


Ayuntamiento de Madrid

MA
1608



Casilda de Antón del Olmet



Feminismo Cristiano



Madrid

Imprenta de Juan Pueyo

Luna, 29 - Teléfono 10864

1931

Feminismo Cristiano

Casilda de Antón del Olmet



Feminismo Cristiano



Madrid

Imprenta de Juan Pueyo

Luna, 29 - Teléfono 10864

1931

UNAS PALABRAS AL LECTOR

Con los ojos de la fantasía, que tienen como campo visual el infinito, puedo observar, lector, el efecto que este mi breve libro te produce.

Noto un mucho de extrañeza y no poco de ironía en tu semblante. ¿Cómo pude resolverme a poner en tus manos estas lecciones morales en la época actual, despreocupada y disolvente? ¿No es esto absurdo?

Préstame, no obstante, tu atención unos momentos :

Ofreciéndote un libro que, al hojearlo, te causa ese inconsciente estupor, creo cumplir con un deber de altruismo. ¿No pudiera serte útil, fortaleciendo tu ánimo ante la avalancha de inmoralidad que amenaza invadir al mundo y cuyo rumor

perciben los sentidos muy cercanamente?

Acéptalo conforme a la intención que lo guía, como la expresión exacta de mi pensar y de mi sentir.

Queda explicado el móvil que me impulsó al escribirlo, acometiendo la empresa temeraria de dar un buen consejo a quien pudiera necesitarlo.

¿Eres tú, por acaso? Veo que aumento tu enojo con esta interrogación impertinente. Mas tranquiliza tu espíritu, nada temas de mí, que no he de pedirte cuenta de tus infracciones.

Yo todo lo perdono; tengo buen corazón; sólo con verte desarrugar el entrecejo, marcar en tus labios una tenue sonrisa e internarte después, benévola-mente, en las páginas del libro buscando un reposo a tus preocupaciones, quedo contenta. Deseo que esta lectura logre imprimir en tu ánimo una sensación análoga.

EL FEMINISMO CRISTIANO

La mujer, alma del hogar, compañera del hombre y educadora de las generaciones, ejerce de hecho una influencia decisiva en las costumbres y, como derivación de éstas, en las leyes; de su moralidad depende la del hombre, pues no bastan las enseñanzas académicas a determinar la educación de aquél; ella, la madre, ha de enseñarle a sentir y a pensar, a amar lo que ella ama y a aborrecer, por tanto, lo que ella aborrece; en su mano delicada está el corazón del niño; ella lo hace latir al unísono del suyo, comunicándole sus sentimientos dulces y amorosos o llenos de odio y de rencores.

Siendo tan importante la misión de la

mujer en la sociedad, cuanto se escriba respecto a lo que a su educación se refiere merece la atención de los moralistas y pensadores, ahora en que tan en boga están las tendencias feministas con sus corrientes de emancipación.

Estas corrientes de emancipación constituyen un grave peligro social, como peligrosos son todos los ideales políticos cuando se llevan a la práctica guiados sólo por el apasionamiento y la parcialidad de los que creen ver en ellos una reivindicación de un derecho personal.

En los problemas sociales debemos siempre mirar, antes que la conveniencia de una colectividad, el bien que en general a la sociedad reporta, y precisamente el feminismo es el que más abundantes y más distintas fases presenta, porque no es precisamente los derechos de la mujer lo que se discute, sino el orden social entero.

¿Puede legalmente constituirse una sociedad en la que los hombres y las mujeres tengan los mismos derechos, las

mismas obligaciones, se dediquen a los mismos oficios y tengan las mismas aspiraciones?

Una sociedad cuyo fundamento legal sea éste, es una sociedad suicida. La mujer debe ser, no la rival del hombre, sino su compañera.

Pero ¿cómo debe educarse a la mujer para que sea una digna compañera del hombre? A la mujer hay que hacerla, ante todo, buena; su corazón debe ser modelado para las virtudes cívicas, inculcándole el sentimiento del honor y de la justicia, al par que la dulzura y el sacrificio; su voluntad para el bien debe ser robustecida, a fin de que sea dueña de sus propios actos; una voluntad débil o mal encaminada es el producto de una moralidad descuidada.

Fortaleciendo la voluntad de la mujer por medio del desarrollo de su inteligencia, puede llegar a ser la fiel amiga del hombre, la que comparta con él la existencia, haciéndole más llevaderas las luchas de la vida. La voluntad para el

bien no menoscaba, sino que robustece, el sentimiento de sacrificio y sumisión benéficos.

El hombre que cuenta con el amor y la lealtad de una mujer tiene más probabilidades de vencer las dificultades que para triunfar en la vida se presentan.

Así, pues, la educación que debe darse a la mujer ha de saber armonizar la voluntad con la sumisión, haciéndola pronta y consciente al sacrificio en bien de los que la rodean, apartándose en un todo de la mujer masculinizada que desdeña el hogar, trocándolo por la oficina o el foro y la aguja por la lanceta.

En cuanto la mujer se masculiniza no es posible el que haga compatible el cuidado y educación de los hijos con las polémicas parlamentarias; la doctora que sale a visitar a sus pacientes se ve obligada a abandonar a sus hijos: la familia estorba en estos casos; es, por lo tanto, necesario suprimirla; el celibato se impone, la inmoralidad se extiende e

imperera ; el hogar se derrumba y la sociedad perece.

Piensen bien en esto los fomentadores del feminismo a ultranza ; vean que arrojando a la mujer del hogar a pretexto de dignificarla socavan los cimientos de la sociedad, basada en éste.

Trastornar las leyes naturales es hacer monstruos ; el mayor encanto de la mujer es su sensibilidad ; trocar en fuerte el sexo débil es desnaturalizarlo, es pretender reformar la obra de Dios en la Naturaleza, y ésta no perdona tales delitos de rebeldía : acostumbra a castigarlos de una manera implacable.

La mujer perfecta es la mujer del hogar, no la del mitin y el club ; la que con su inteligencia y sus virtudes da ejemplo a sus hijos, que no lo olvidan jamás ; la que conoce sus derechos al amor y al apoyo del hombre y no esquivo sus deberes de esposa y de madre ; la que con dulzura sabe inculcar en el corazón del niño los deberes del hombre para con Dios, para con la sociedad y para con-

sigo mismo ; la que, siempre recta y digna, sabe inspirar el respeto a la vez que el cariño de todos.

Este es el feminismo que le conviene aprender y practicar ; el que debiera llamarse el feminismo cristiano.

Los casos excepcionales de mujeres que compiten con los hombres, aventajándolos en algunas ocasiones, no modifican esta norma general.

CASA CORRECCIONAL DE TRABAJO

Por las cárceles desfilan diariamente infinidad de seres desgraciados que, confundidos con los profesionales del crimen, son merecedores de compasión y desvelo : son los abandonados, los niños vagabundos, tan dispuestos al delito como a la redención. ¿Cómo llevarlos a esto último?

En Francia existe la Casa Correccional del Trabajo, creada e intervenida por jueces y magistrados. Este correccional tiene por objeto regenerar la adolescencia, darle trabajo, haciendo de los jóvenes descarriados útiles miembros de la sociedad.

La corrección por medio del trabajo

está probado es la mejor y la más fecunda. Por felices innovaciones se distingue la que hacemos referencia de las que ya existían, llenas de deficiencias e inconvenientes. Estos establecimientos no dan albergue a sus clientes, y así la influencia benéfica de las horas de trabajo es, por regla general, contrarrestada, anulada tal vez, por las noches pasadas en el arroyo. Este inconveniente es evitado en la fundación de que se trata.

La dificultad está en encontrar trabajo para los asilados; para esto se hace preciso dirigirse a los Sindicatos de patronos, los cuales pueden aportar su importante concurso.

Es un hecho notable el que en esta Casa Correccional no intervengan los elementos oficiales ni filantrópicos; son los magistrados, como queda dicho, los representantes de la ley que sienten el noble estímulo de conciliar sus deberes oficiales con sus obligaciones de ciudadanos. Ellos como nadie están en condiciones de poder comprobar las mise-

rias humanas y las desdichas sociales.

Los vagabundos y los rateros no lo son siempre por su voluntad o su instinto, por lo que no son irremediables; hay en esta desventurada clase muchas víctimas de la miseria, del vicio y de las injusticias de la sociedad.

Por circunstancias de las que no son responsables se encuentran con frecuencia bajo el peso de la ley; y en las cárceles es donde corren el riesgo de salir degradados, perdidos para siempre en este flujo y reflujo de la miseria a la prisión y de la prisión a la miseria.

Desde 1886 se halla establecida en Chartres una Casa Correccional de Trabajo que da los resultados más satisfactorios. Los asilados son admitidos a título condicional, permanecen en el Asilo durante ocho días, y si su conducta en este tiempo es perfecta, son admitidos, firmando un contrato por seis meses; se habitúan a este sano esfuerzo, sabiendo que no se les hace ninguna caridad, y con este objeto se les asigna un salario

como recompensa a su actividad; de la suma que se les asigna, una parte se destina a ayudar a su sostenimiento, y el resto se acumula y le es entregado a su marcha del establecimiento como base de su entrada en la vida regular; proporcionales también colocación, y de esta forma recobran la dignidad perdida y renacen hombres capaces de vivir por sí mismos.

La Casa Correccional de Trabajo está compuesta de dormitorios y talleres vastos y numerosos; los talleres están dirigidos por maestros competentes.

Dicha Casa está destinada a individuos que han cumplido condenas leves y a los detenidos preventivamente. Los asilados han de ser menores de diez y ocho años y han de estar en condiciones de salud para el trabajo.

Levantado este hermoso edificio de moralización, los magistrados no permanecen impassibles ante el triste cuadro de las miserias inmerecidas de tantos sin ventura que se encuentran en el deplo-

rable estado de buscar un hogar en el presidio.

El magistrado, de este modo, en vez de castigar, regenera y corrige. La obra que acomete no es solamente de saneamiento moral : es más grande y más hermosa : es de solidaridad generosa y útil ; siente en sí mismo una autoridad mayor y más legítima al tener el derecho de decir a sus protegidos : «Se vive por el trabajo : nosotros os lo ofrecemos. La sociedad cumple con vosotros sus deberes ; ahora, vosotros cumplid los vuestros.»

Implantar en España este sistema de corrección de la juventud en forma de tan probados resultados, llenaría una necesidad imperiosa en nuestra patria y la magistratura española se haría acreedora, como la francesa, a los más agradecidos y entusiastas elogios, puesto que a los males conocidos es necesario buscarles el remedio y, una vez hallado, aplicarlo cuanto antes.

Si la aspiración de los pueblos cultos

es elevar su nivel moral y social, estudiar y poner en práctica el medio de atajar el camino al delito es evitar los delincuentes. Ya que en España pensamos, sentimos y hablamos en francés, bueno es también que a la francesa practiquemos las obras de misericordia.

LA EDUCACION DE LA MUJER

La lucha por la vida, con sus preocupaciones, disgustos y ansiedades, hace la existencia agitada y breve, absorbiendo las energías de la sociedad, que atiende sólo a los placeres materiales, dejando siempre para un rato de ocio el pensar que somos algo más que un pedazo de carne animada a impulsos de las pasiones.

Creen los padres que amasar con el sudor de su frente unas cuantas monedas para dote de sus hijas es cumplir con sus deberes, y las madres se dan por satisfechas con llevarlas a los colegios de moda, con entregarlas a la discreción de una *miss*, cuyos antecedentes casi siempre se ignoran; con fomentar en ellas, por va-

nidad propia, el lujo, y con no oponerse por indolencia, que consideran cariño, a sus caprichos y coqueterías, que califican de inocentes, sin comprender que el arte que tiene por objeto inspirar un amor que no nace del corazón es un arte inmoral, engañador y perverso que lleva como tal en sí el castigo para las que le rinden culto.

En cambio de esto, y mejor por esto mismo, a formar la educación moral de la juventud en la sociedad y en la familia no se le da importancia, unas veces, por ignorancia, otras, por indiferencia, y la mayor parte, por no comprender que la mujer entregada a sí misma, sin conocer a fondo más doctrina que el arte de agradar ni más código que el del buen tono, corre mil riesgos en las tormentas de la vida.

Que hay en ella muchos azares es indudable, pero también lo es que el que camina por una carretera sólidamente construída tiene menos probabilidad de caer que el que se empeña en marchar

por los atajos, más pintorescos y bellos por lo mismo que son más peligrosos.

Los principios morales profundamente arraigados en el corazón, las enseñanzas del mundo bien comprendidas, sirviendo de norte en los pasos de la vida; el conocimiento perfecto de los grandes destinos del alma, son elementos que sirven de inquebrantable apoyo para la joven que sabe sacrificar sus caprichos a dignificar su existencia.

La belleza moral no fascina los sentidos, por lo que en esta época, en que tan a prisa se vive, se la supedita a lo externo, a lo que se adquiere a poca costa, aunque, por lo mismo, valga poco; la época de la electricidad y el automovilismo exige rapidez en todas sus fases.

Y de ahí, por lo visto, debemos deducir la ligereza en la educación, en las costumbres y en el lenguaje.

No es necesario *perder* tanto tiempo ni ser un gran artista para crear la belleza moral, que si no fascina los sentidos arroja torrentes de luz en el corazón hu-

mano. Basta sólo inspirarse en la virtud.

La mujer puede expresar esta belleza con muy poco trabajo cuando desde niña se habitúa a ella, produciendo con la mayor sencillez maravillas con su práctica.

La hija que salva a su padre, con sus consuelos, de la desesperación, que le conforta con su ejemplo valeroso; la esposa abandonada que resiste a toda tentación y, modelo de fidelidad, todo lo sacrifica al honor de su marido ofuscado; la madre amante que tiene siempre para sus hijos una sonrisa en los días felices y una lágrima en los de duelo, puede decirse que poseen en alto grado la belleza moral y que la hacen sentir tan viva y tan luminosa que la convierten en el verdadero sol del hogar, pero un sol siempre radioso y bello, sin nubes y sin ocaso.

¿Por qué, pues, siendo la mujer susceptible de abnegación y ternura, encerrando en su corazón los más dulces sentimientos, no han de ser éstos exquisitamente pulimentados para formar en ella

la mujer del hogar en vez de la linda muñeca de trapo que hoy las madres sin escrúpulo llevan al matrimonio con la misma indiferencia con que los expendedores de objetos de fabricación moderna exhiben y expenden sus artículos, sin preocuparse de si el incauto comprador sale engañado?

Los matrimonios así realizados, teniendo por base la ficticia educación de la mujer, que tiene como fin único explotar la ofuscación que en el hombre ejerce hoy, lo mismo que en las edades primitivas, todo lo que brilla y fascina, hace que éste se desilusione al comprender su yerro, convirtiendo la familia moderna en una pequeña sociedad en la que se toleran los unos a los otros, pero sin que se entable esa identificación del cariño desinteresado que nace al calor de los puros afectos, constituyendo como consecuencia el actual estado social, con sus fríos egoísmos, insensatos orgullos y depreciativo desdén para todo lo que, siendo modestia, sencillez y bondad, no

sabe apreciar porque no puede sentirlo.

De aquí arranca el divorcio, la inmoralidad, la destrucción de la familia, sin que los padres de todo matrimonio desgraciado se reconozcan culpables. Ellos cumplieron bien sus deberes : han trabajado, quizá se han comprometido, tal vez han manchado su honra y su conciencia para asegurarles una decorosa posición social, a veces una fortuna, ¿qué más podían hacer y qué más podía exigírseles?

La enfermedad de la planta hay que buscarla en la tierra que la produce. Por lo tanto, hagamos responsables, por regla general, de los errores de la mujer a los padres, que no han sabido educarla.

Y no es la educación de los salones, como queda expuesto, lo que hace adorable a la mujer, ni es necesario que esté iniciada en todos los secretos de la ciencias, ni hablar muchos idiomas, ni arrancar al piano brillantes notas... La mujer virtuosa, modesta y sencilla es el verdadero ángel del hogar, el arco iris de paz

que brilla y anuncia la esperanza en el horizonte de la familia ; cincelar con exquisito arte su corazón es labrar el sólido cimiento del hogar honrado, base de las virtudes sociales.

EL DINERO

Si los presentimientos del genio fueran realidades en la historia, el dinero, castigado por la pluma de Tolstoy, desaparecería de las sociedades humanas. Pero esto no es de esperar. Suprimid el dinero y de un solo golpe veréis rotas todas las armonías económicas, y una de dos : o la sociedad retrocede a los tiempos prehistóricos o se encadena al colectivismo. Mas ¿es acaso ese vil metal la causa eficiente del positivismo sin Dios y sin bandera que como una ola de cieno bate, no solamente las puertas de los palacios, sino que desciende hasta las capas más ínfimas de la sociedad, donde despierta el odio y la envidia y arranca la blasfemia, prepara y sugestiona los espíritus para la comisión del crimen?

Como quiera que la sociedad no puede retroceder al estado salvaje por la extensión de la cultura, es de esperar que las sociedades humanas seguirán utilizando el dinero, a pesar de los anatemistas y apóstoles que se yerguen contra él y lo maldicen y lo exponen ante las muchedumbres como el corruptor de las conciencias, engendrador de todas las injusticias y de todos los crímenes.

Se ha dicho : «El dinero corrompe al hombre.» ¿Acaso no puede corromperle un plato de lentejas? También se ha dicho : «El dinero crea el peor de los feudalismos.» Acaso ¿no podría la fuerza bruta por la conquista acumular la riqueza, que tendría su forma típica en la propiedad territorial y en los instrumentos del trabajo?

No hay que confundir la causa con los efectos. El hacha con que se poda un árbol puede servir para cometer un homicidio. ¿Sería lógico destruir el hacha para evitar el crimen?

Todos los vicios y todos los crímenes

que le atribuyen al dinero pueden refrenarse; el trabajo, la perseverancia, el progreso y la civilización, que tienen su impulso en la ley de amor y su regulador en los eternos principios del deber y de la justicia; con instituciones nuevas que encarnen en las leyes de la conciencia, anteponiéndose a todas las elucubraciones de la filosofía y a todos los convencionalismos jurídicos dentro de la moral que envolvió al cristianismo en aquella atmósfera sublime de ley divina.

Una civilización que ha resuelto los más arduos problemas científicos en las esferas inconmensurables, en el mundo de lo invisible, en medio de una cultura que ha hecho brotar la riqueza y el poderío de grandes nacionalidades, no puede ni debe retroceder.

Los Bancos populares, las Asociaciones cooperativas, los Dispensarios, los Asilos y Montes de Piedad, todos esos reflejos del amor cristiano que al aparecer con la luz del Evangelio honran a la humanidad, ¿qué son sino la inicial de

esa magnífica evolución que ha de restringir el predominio del oro? Esa evolución, que parte del punto de intersección de dos elementos antagónicos, el individualismo y el socialismo, y que tiene por fin no crear una nueva vida, sino una nueva forma de ser y de existir, a manera del retoño que brota para vivir y crecer lozano en las raíces del árbol viejo que se seca y muere, siendo otro árbol sin dejar de ser el mismo.

Los que inventaron el dinero, se ha dicho, no eran torpes: fijaron una común medida de los valores que fuese admisible indefinidamente; el dinero no sólo es signo representativo, sino que es un factor del trabajo y, sobre todo, una fuerza inmensa, fecunda y creadora con la cual se han realizado las más grandes empresas y llevado la luz a las más apartadas regiones y ha organizado el crédito, que es la pulsación que mueve al mundo moderno.

Si es cierto que fomenta el vicio y la corrupción de las costumbres, no hay que

dudar que esas llagas sociales existirían siempre en el seno de las sociedades humanas y que subsistirían bajo cualquiera de las formas del colectivismo, aun cuando éste substituyera el dinero con otra fórmula cualquiera.

Parece increíble que la perturbación moral en esta época de transición y de lucha conduzca a escritores inteligentes a la obsesión y a la anarquía.

¿Qué alicientes son éstos para levantar a la humanidad y empujarla a ese más allá que le revela el filósofo cuando sigue paso a paso el desarrollo del espíritu humano?

¿Pretender acaso que todos los hombres gocen y sufran lo mismo? Como si el Supremo Artífice, al hacer surgir del caos al mundo y al darle todos los elementos de la vida, no le hubiera asignado la variedad como atributo de la belleza. Como si del hierro de una misma mina no se forjara el puñal del asesino y la espada del héroe.

Como quiera que la humanidad no pue-

de retroceder a los tiempos prehistóricos como no sea por una serie de evoluciones geológicas, debemos considerar el dinero conscientemente administrado como elemento primordial de vida y civilización del mundo, rechazando cuantas teorías extraviadas lo anatematizan.

«LA GALERA» DE ALCALA

Hemos abandonado por un día nuestras ocupaciones con el objeto de visitar el presidio de mujeres tan conocido por el vulgo con el nombre de «la Galera» de Alcalá.

Nos alejamos gustosos de la gran urbe, en la que nos envenenamos con nuestras propias respiraciones, y nos disponemos a tomar el tren que ha de conducirnos al interesante pueblo, que, además del correccional de que hemos hecho mención, atesora tantas riquezas arquitectónicas.

Esperamos en el andén la hora de la partida, subimos al vagón y emprende el mixto su lenta marcha, y con ella comienza a desarrollarse ante nuestros ojos

el bello panorama del paisaje; y digo bello recordando la frase de Concepción Arenal, que afirma no haber en la Naturaleza bueno y malo, sino bueno y mejor, por lo que me resuelvo a dar aquel calificativo a las monótonas llanuras castellanas.

Y en verdad que esta monotonía tiene también su encanto, permitiendo que la mirada abarque distancias inmensas, con lo cual se siente el corazón más dueño de sí mismo ante el espacio infinito, insondable.

El campo presentaba un aspecto de reposo, y la indolencia de nuestro carácter se ofrecía a nuestra vista en forma de rojas amapolas, que, llenas de bizarras osadías, invadían los sembrados, usurpando un puesto que no era suyo; en su lucha, a veces salían vencedoras, dándole al paisaje un aspecto de campo de batalla al formar, agrupadas, grandes manchas que parecían de roja y líquida sangre.

El sol iba ascendiendo lentamente, in-

cendiando la planicie con su luz esplendorosa, y hasta el polvo del camino y el humo de la máquina adquieren con su luz, transparencias y reflejos dorados, bello sol de la esperanza que al inundar nuestros pechos de alegría nos inspira el amor a la Naturaleza, amor a Dios, conquistando con ello la más gloriosa victoria del corazón y de la conciencia humana.

Llegamos a la histórica Alcalá, en donde el campo es más rico, o tal vez mejor cultivado, y cuyos árboles se abrazan y fusionan en ese ósculo casto de la Naturaleza.

Una vez en Alcalá, visitamos la Universidad y el Archivo, templos ambos del arte y páginas de la Historia. No hemos de describirlos, pues no es tarea que nos compete.

Es difícil expresar la impresión que en nuestro ánimo producen; todo lo que hierre profundamente nuestra sensibilidad no se describe. Aquellos gallardos atrevimientos de forma vigorosa, con sus de-

licados y femeniles primores de ejecución; la ornamentación múdejar, ondulante y sensualista; el elegante estilo Renacimiento, el místico ojival, el mixto plateresco y los severos artesonados imprimen profundamente su sensación de arte excelso. No es, por tanto, necesario su estudio: es preferible sentirlo a conocerlo; amarlo a comprenderlo; al hacer la disección de la obra artística pudiéramos hallar el esqueleto.

En hacer la disección de las obras de arte hay algo de crueldad, casi tanta como en arrancar a una doncella sus vestidos, profanando con el examen el secreto de su belleza.

Como término de impresiones agradables visitamos «la Galera»; pero ¿cómo puede resultar agradable la visita de un lugar de reclusión adonde va a parar, como despojos humanos, la parte más corrompida de la sociedad?

La organización de este correccional es debida a escaso número de hermanas de la Caridad, que sólo con la fuerza miste-

riosa de su virtud manejan como a educandas a centenares de delincuentes. Es admirable cómo sin alardes de fuerza armada, desterrados los castigos violentos, solamente empleando la reflexión, el consejo y las cristianas predicaciones, esas heroicas mujeres transforman en ovejas los tigres sanguinarios y en sus degradados espíritus imprimen poco a poco la obediencia, el amor al prójimo, la dignidad humana y las creencias religiosas, que pueden, como al buen ladrón, regenerarlas prometiéndoles la dulce consolución de otra vida más perfecta, en la que borrado quede para siempre el estigma que en ésta han de llevar hasta la muerte.

Impresión más intensamente honda que las experimentadañ en los templos del arte que habíamos recorrido nos produjo esta visita al templo de la caridad cristiana, porque los genios que crearon aquellas fábricas notabilísimas dieron a sus creaciones una vida relativa, inanimada, y estas mujeres dignísimas, llenas de sencillez y humildad, esculpen cora-

zones y labran conciencias, obteniendo con ello el más glorioso triunfo : el de las almas.

Regresamos a Madrid ; obscurecía lentamente, y la luna, que se hacía cada vez más perceptible, nos saludaba con su luz adorable.

El silencio se extiende por el paisaje evocando recuerdos olvidados que nos impulsan al ensueño, a anhelar algo que se presiente como promesa de una dicha inextinguible.

En este estado de laxitud sentimos que el tren se detenía ; sacudimos el encanto como el guerrero que oye el clarín que lo llama a la lucha, y entramos nuevamente en la capital, adonde nos llevan nuestros deberes y donde la realidad se nos impone con todas sus asperezas e implacable tiranía.

SOBERBIA Y ENVIDIA

La soberbia es hija del elevado concepto que formamos de nosotros mismos y que hace que nos consideremos superiores al resto de la humanidad; es la soberbia lo que hace que la mujer altanera se manifieste con el desdén con que mira a todos; mas tan pronto como no se ve agasajada como se figura que tiene derecho, se enciende de cólera, y entonces, aun cuando bella, se transforma en horrible.

No hay nada que afee tanto a la mujer como la cólera. Vicio tan perjudicial debe contrarrestarse con la mansedumbre que aconseja el cristianismo. «El que se humilla será ensalzado», dijo Jesús, cuyas palabras encierran tan divina verdad

que aquella persona modesta, teniendo méritos, se realza hasta parecer que aún es mejor que el que en realidad más tiene.

Pero no hay que confundir la humildad con la bajeza *ni la soberbia con la dignidad*. La bajeza rebaja el alma y la anonada; no hay que creerse nunca inferior a los demás, y, por otra parte, es preciso sostenerse siempre en la esfera a que da derecho el nacimiento y la educación. Es preciso procurar la amistad con personas iguales, nunca descender, porque es gran perjuicio, sin que, por otra parte, se obtenga la gratitud de los que reciben el beneficio.

Los principios morales enseñan que no debe despreciarse a los pobres ni desdeñarse a los inferiores; pero no obligan al patrono a que alterne en la taberna con su jornalero embriagado. Hay deberes sociales que cumplir, y la sociedad ha establecido círculos que deben respetarse.

La soberbia, que tanto afea el rostro como el espíritu del que tiene la des-

gracia de hallarse dominado por esta pasión, y más si este desventurado es la mujer, tiene tan fatales consecuencias que pudiera considerárselas generadoras de la envidia, puesto que al considerarse merecedores de todo no soportan que haya otros que obtengan los beneficios a que se consideran únicos acreedores.

La envidia es el más pernicioso e injustificado de todos los vicios. Todas las pasiones, por muy desastrosas que sean, tienen algo que complace siquiera a los sentidos. El juego, la embriaguez, la gula producen algo que cautiva, si bien repugna a la razón y perturba a la naturaleza misma; pero la envidia sólo produce padecimientos horribles sin ninguna compensación.

Su rostro es rígido, su mirada torva, su color plúmbeo, su sonrisa sarcástica; si pudiera pintarse se pondría entre sus labios la cabeza de una serpiente.

La felicidad de los demás le atormenta y constituye una pesadilla constante; si alguna vez sonríe es porque ve caer

en el lodo alguna criatura a quien juzgó que estaba más elevada que ella ; si tiene algún estremecimiento de placer es porque sorprende las lágrimas de algún semejante.

Monstruo horrendo es la envidia que se nutre con el veneno que destila y que esparce al mismo tiempo en todo cuanto le rodea, y a semejanza de un insecto dañino que persigue a las flores y las destruye, como clava los dardos del odio en los corazones. Si el hombre puede, escudándose en la razón, librarse de la envidia, no es tan fácil librarse de los envidiosos : éstos están por todas partes y acechan constantemente a sus víctimas. ¿Dónde hallar un escudo con que defenderse ? Este no es sino el de la virtud, pues no encontrando aquéllos dónde cebarse, podrá calumniar, pero será en vano, porque al cabo siempre triunfa la verdad.

Tanto el *orgullo* como la envidia, su resultante, puede considerárseles dimanados, a su vez, del egoísmo.

Entre las pasiones brutales que afligen y degradan a la humanidad sobresale lo que llamamos egoísmo; éste es hijo del espíritu de conservación exagerado: sacrifica a los demás en provecho propio. El egoísmo es tiránico: todo para sí, nada para los demás; despierta sólo ideas repugnantes y sentimientos malévolos, y el egoísta está naturalmente inclinado al mal.

La virtud se opone a esa pasión perversa; el cristianismo dijo la última palabra: caridad. Es decir, amor al prójimo, compasión para todos los desdichados y, por lo tanto, el sacrificio propio en beneficio de los demás. Pero el egoísta lleva en sí mismo el castigo, no inspira amor, interés ni compasión en sus dolores, vive solo en el mundo, porque es vivir solo cuando no nos ligan lazos morales con los que nos rodean.

¿Es acaso tan duradera nuestra vida que debemos sacrificarlo todo a ella? ¿No debe haber en el alma humana sentimientos plácidos, hijos de sus buenas

acciones, que pueden ofrecer dichas inmensas en el bien ajeno?

¿No tenemos una noble misión que cumplir? ¿Acaba todo aquí para que no creamos más que en nuestra existencia y todo lo sacrifiquemos a ella? Por fortuna, no hay tanto egoísmo como se cree; se encuentran rasgos notabilísimos que prueban que hay corazones que sienten la abnegación y el amor a sus hermanos y hasta que sacrifican sus vidas por los demás, que es la gloria más pura y más verdadera.

Si el soberbio, el envidioso, el egoísta comprendieran la felicidad, dejarían de serlo por egoísmo.

«LA POBRE CHICA» DEL HOGAR

El abandono en que se encuentra el servicio doméstico, pese a la protección que el socialismo intenta darle, imperfecto e insuficiente, como todo lo que no está fundamentado en la cohesión y en la posible identificación moral entre el capitalista y el obrero, que de él depende, el abandono innegable a que hago referencia constituye un desorden social que tanto perjudica al ama de casa como a la servidora.

Este asunto, tan complejo, debe ser visto con especial atención y cuidado, pues afecta tanto a la parte pudiente de la sociedad como a la necesitada.

Ante todo, es necesario tratar a la sirviente con aquel espíritu de benevolencia

que se debe emplear con los individuos de inferior categoría para hacerse perdonar por este medio la injusticia que se les impone. Mas no es este procedimiento bastante a obtener por parte de éstos el respeto y la gratitud, pues si la cristiana teoría de que «amor con amor debe pagarse» fuera un hecho positivo, podrían resolverse de esta forma los más arduos problemas, no solamente el que nos ocupa. Desgraciadamente, no es así, y esto lo prueba el que hace veinte siglos expiró en la cruz el mártir del amor, de la caridad y de la paz universal sin que tan santo ejemplo haya logrado el triunfo de ideales tan sublimes. Aun reconociendo las grandes dificultades que ofrece el armonizar tan opuestos intereses como nos proponemos debatir, no debemos por esto abandonar asunto tan importante, cuyo abandono trae como consecuencia el malestar que actualmente se padece en las familias, y en el porvenir no lejano la total extinción del servicio doméstico.

Este, bien organizado, puede conside-

rarse útil y conveniente por ser un medio de proporcionar trabajo a la mujer obrera, apartándola del camino de corrupción a que la lleva la miseria al carecer de medios lícitos que la rediman de sus estragos.

Si nos fijamos la situación de la sirviente en parangón con las obreras de fábricas, talleres y campo, resulta ventajosísima por ser su trabajo más vario y tranquilo, libre de los rigores de la intemperie, el salario fijo y la colocación permanente, disfrutando de mejor casa y alimento, de asistencia en las enfermedades y probabilidad de no ser abandonada en la vejez.

¿Qué le falta al servicio doméstico para ser considerado el más ventajoso, positivamente, de todos los trabajos de la mujer obrera? La seguridad de que sus esfuerzos han de ser recompensados y su vejez amparada, sin depender exclusivamente de la iniciativa y caridad de los señores.

Esta desconfianza en su porvenir hace

que la criada, unida a la impunidad en que se encuentra, vea en la *sis*a su único medio de emancipación. Teniendo como toda recompensa el Hospital o el Asilo, son muy pocas las que se resignan a estimular el cariño de los señores, haciendo del hogar y la familia a quienes sirven su propio hogar y su propia familia, como se ve que ocurre en escasas excepciones.

La *sis*a, base del robo, y que puede conducir hasta el asesinato, es causa determinante del antagonismo que impera entre la señora y la criada, que odia por no convenirle la vigilancia de aquélla.

La señora, a su vez, mirando en la criada el «enemigo pagado», pierde el estímulo para interesarse por ella, segura de no recoger más que ingratitud, y tantos casos repetidos abaten el ánimo mejor dispuesto, malogran sus esfuerzos, impotentes para contener la ola amarga que les acibara la vida, y que a aquélla, a la sirviente, la arrastra a la perdición,

puesto que siendo la parte más débil es la que al fin resulta más perjudicada.

Si el abuso de la libertad conduce al libertinaje, quitando a aquélla toda su nobleza, visto y probado está que esta ineducada clase se encuentra precisada de dirección que al mismo tiempo la asegure un porvenir del que hoy carece, evitándole los peligros a que su abandono e ignorancia las lleva.

Ardua empresa es en el ama de casa el mejoramiento de la situación presente, pues mirada por su superioridad jerárquica con envidia y recelo por la sirviente, no está el ánimo de ésta dispuesto a recoger con simpatía los consejos que aquélla puede, por su mayor ilustración, suministrarle, resultando, por lo tanto, inútil la única medida de moralización de que la señora puede disponer.

Careciendo la señora de todo medio de represión, siendo imposible acudir a los Tribunales de justicia más que en casos extremos, por lo lento y penoso de la tramitación judicial, no existe otro re-

medio más que despedir a las servidoras infieles, castigo al que no le dan importancia en la seguridad de que no ha de faltarles otra nueva y mejor colocación. Y de esta suerte, sin estabilidad ni sosiego, llevando el malestar en sí mismas, comunican su desventura a los hogares que han de padecerlas, no comprenden que son ellas las primeras víctimas.

Se hace preciso, pues, ayudarlas, protegerlas en los momentos de peligro, de enfermedad, de abandono, haciendo que amen el trabajo al ver en él su medio de redención, en vez de su esclavitud.

Para lograr estos propósitos se hace necesario fundar una Sociedad perfectamente organizada, con ramificaciones en cada capital y pueblos de cierta importancia, a las que se afilien las sirvientes, contribuyendo éstas a su sostenimiento con una módica suma, con arreglo al salario que disfruten, ayudadas por las señoras con otra cantidad igual o superior a la de aquéllas.

Deberá la Sociedad ejercer vigilancia

sobre la conducta de sus afiliadas, recibiendo informes de las señoras cada vez que aquéllas cambien de casa.

En caso de enfermedad costeará asistencia médica y farmacéutica, pasando un tanto a la paciente hasta su restablecimiento.

La Sociedad asignará una jubilación a las sirvientes cuando la edad o padecimientos crónicos las imposibiliten para el trabajo.

Las casadas no perderán sus derechos cuando se dediquen a asistentas o en caso de quedar viudas.

Esta inicial de proyecto, desarrollada debidamente y llevada a la práctica, pudiera ser el medio de moralizar la clase, pues la que hoy es desvalida, teniendo derechos que perder procuraría conservarlos, no perdiendo con ellos la consideración social y el afecto de los señores.

A entidades más aptas que nosotras les ofrecemos esta idea, en la seguridad de que habrán de obtenerse provechosos resultados.

AMAMOS MUTUAMENTE

Estas palabras excelsas, dimanadas de los labios del Redentor, resuelven por sí solas los problemas de la vida; mas el problema por excelencia es el saber si la humanidad es susceptible de comprender y de sentir el amor en todas sus manifestaciones.

El sentimiento del amor, que según el cristianismo hizo brotar el mundo y es el lazo que une a las almas, las eleva del polvo de la tierra y las acerca a Dios. ¿Cómo se ha definido este sentimiento tan fecundo y multiforme? El filósofo lo define en esta forma: «Es la inclinación irresistible del alma hacia lo bueno, lo bello y lo verdadero considerado en su esencia más pura.»

Este concepto significa: hacia lo bue-

no, amor a Dios ; hacia lo bello, amor a la Naturaleza ; hacia la verdad, amor a las ciencias. Mas, repito, ¿se halla el corazón humano capacitado para albergar en él tan sublimes sensaciones ? ¿Sabe reconocer sus beneficios ? ¿Sabe amar al amor espiritualizado ?

Cierto es que el amor a Dios ha inflamado el corazón de los anacoretas, de los mártires, de los místicos, seres excelso que han sentido los goces infinitos que les han revelado otra vida inmaterial perfecta y llena de luz, vida de bondad, belleza y verdad absoluta. Vida que presintieron en medio de sus dudas, sus desesperanzas, de sus dolores y de sus lágrimas.

El amor a la Naturaleza tiene también su apostolado. El artista que exalta su imaginación y la sublima en los puros arrobamientos del arte, que es amor a la belleza, y que con su cincel o sus pinceles la convierte en tangible e imperecedera, sienten también en sus pechos el fuego de la inspiración divina,

porque Dios les comunica algo de su propia esencia para que sean sus creaciones la eflorescencia del espíritu humano, las flores eternas del mundo psíquico, los astros luminosos del mundo de la idea.

Lo mismo se dirá del poeta, del escritor y del músico.

El amor a la verdad, a la ciencia, producen también esos mártires que dedican todas las energías de su espíritu, los esfuerzos todos de su corazón, al sacrificio de su ideal y se pierden en los intrincados laberintos de sus descubrimientos e investigaciones.

Un sentimiento más humano que los descritos anteriormente y que produce frecuentemente mártires de la lealtad, es el amor a la Patria. Cuando la ve en peligro habla en él la voz de la Naturaleza y defiende con su sangre a esa Patria querida, como se defiende a una madre, a una esposa, a los hijos, pedazo del corazón. Amor magnánimo es éste que sólo ha de adormecerse cuando suene la hora

nefasta en el reloj del tiempo, de la disolución de los pueblos víctimas de los vicios, de las ambiciones desenfrenadas, de la corrupción social.

También el amor a la familia presenta casos dignos de veneración. El padre que emplea su tiempo y su trabajo por asegurar el bienestar de su esposa y de sus hijos, sacrificándoles heroicamente todos sus instintos de emancipación. La madre que cifra todos sus anhelos en el cuidado y educación de sus hijos, prescindiendo de las vanidades del mundo exterior fuera de su hogar, soportando el peso, a veces, de las privaciones para atender a sus necesidades perentorias, es digna también de veneración y loa.

El amor conyugal también propende a la abnegación y al sacrificio. En la vida real se registran casos admirables que cumplen fielmente los preceptos de San Pablo en su epístola, dando con ello ejemplo y honra a la humanidad.

El amor filial tiene también espléndida representación en la vida, amando y so-

corriendo a veces, en su ancianidad, a los que le dieron el ser, lo educaron, les dieron medios de defenderse en la vida sin esperar recompensa ; cuando los hijos se la otorgan sacrificando para ello sus aspiraciones y anhelos, callada y resignadamente, viendo en ello sólo el cumplimiento de un deber ineludible, son dignos del respeto de la sociedad, a quien dan sublime ejemplo.

Existe también—¿cómo dudarlo?—el amor ideal por las criaturas ; ese amor puro que puede compararse a un lago que refleja el azul de los cielos movido dulcemente por auras embalsamadas ; el amor ideal es todo esencia, emoción, emanación divina ; no el amor físico, ese monstruo de ojos verdes, de que Shakespeare nos habla.

Puede catalogarse también entre los grandes amores el amor fraternal, el de la amistad, que existe, a veces ; el amor a la humanidad, representado en las sublimes palabras del divino Maestro : «Amaos los unos a los otros» ; ese

amor, el más grande, el más sublime, el más desinteresado, ¿es capaz el hombre de sentirlo en unanimidad con sus congéneres? ¿Lo ha sentido jamás desde que existe? ¿Podrá sentirlo alguna vez?

En resumen : el amor, en su acepción más elevada, más filosófica, es el que el cristianismo ha calificado con el nombre de Caridad ; es el lazo de los pueblos, de la humanidad entera ; es, en una palabra, la vida universal.

Cultivar en el hombre colectivamente este magno sentimiento, no lo olviden los conductores de pueblos, es el único medio de llegar al equilibrio posible.

LA TRADICION

El estudio amplio y sólido de nuestra historia puede hacernos sabios; la tradición nos hace patriotas; amamos a la Patria, más que por lo que los libros nos enseñan, por lo grande y hermoso que de ella hemos oído de labios de nuestros padres, abuelos y todas aquellas personas que han ejercido en nuestro ánimo la insuperable influencia de la prioridad y el cariño, que los hace incontrarrestables.

Por esto, la influencia de la tradición no puede discutirse y constituye un medio educativo poderoso que empieza en el hogar y extiende su beneficio a los pueblos, haciendo de ellos modelos de civismo y de valor.

El libro es árido para unos, obscuro para otros, inaccesible a los más, dado que no todos tienen la vocación del estudio, la constancia del trabajo, el tiempo necesario ni los medios materiales consiguientes a una vasta ilustración ; siendo, por tanto, el estudio producto de un gran esfuerzo, hay muchos que no pueden lograrlo por carecer de elementos para ello ; la tradición, en cambio, es asequible a todos : a los pobres como a los ricos, a los inteligentes como a los menos aptos, a los negligentes como a los laboriosos ; es, además, imborrable porque las impresiones primeras son recibidas en pleno corazón, en alma virgen, y grabadas quedan en ellos para siempre ; el tiempo, en su transcurso, no puede destruirlas, a pesar de las desesperanzas y desilusiones que en sí mismo lleva.

Como la tradición responde siempre a un hecho que adquiere nueva vida al ser transmitido por un hombre a otro hombre, por el calor de la palabra humana, por el comentario personal del

narrador, que le presta carácter y fisonomía propios, lo que sólo es un recuerdo histórico adquiere aspecto de realidad presente; es vivir el pasado en todo lo que tiene de poético y de grande.

El libro es para la ciencia; la tradición es para el sentimiento; los grandes amores, el honor, la religión, la patria, es tradición siempre, es ternura, es poesía, es virtud. Así, el soldado que da su vida en el campo de batalla, el caballero que acude al del honor, la dama que no abdica su virtud, rinden culto a la tradición histórica, transmisora siempre de todo lo grande y de todo lo bello, vínculo sagrado y noble que une al pasado con el presente y a éste con el porvenir.

¿Puede comprenderse un pueblo que no tenga tradición? El que la olvida o la desprecia desciende a la abyección y al aniquilamiento.

La mujer es la que perpetúa la tradición en el hogar, inculcando a los niños el respeto a la Historia; en su evocación ingenua, en la exaltación de algún ca-

rácter caballeresco, en un recuerdo oportuno, siembra en el corazón del niño los más hermosos sentimientos de desinterés y de justicia, de dignidad o de abnegación.

Es indudable que la mujer forma el corazón del niño; ella le da la segunda y más importante vida: la vida del espíritu; por esto, la mujer debe estar dotada de virtudes sólidas para que pueda cumplir a conciencia sus deberes de madre. De esto depende en gran manera lo que el hombre ha de ser en el porvenir. Desgraciados los hijos que sólo tienen por madre un figurín a la moda, porque se ven abandonados dentro del hogar mismo, porque para sus madres valen menos que cualquier trapo lujoso de los que adquieren con avidez; porque esos trapos lujosos les roban—¡pobres hijos!—la atención de sus madres, y su cariño, a veces el patrimonio, a veces el honor de la familia y siempre la felicidad.

Las condiciones del individuo, como queda demostrado, dependen en gran

manera de las impresiones que ha recibido en la infancia; si ésta ha sido dichosa, si se ha deslizado en los brazos de una madre y al calor de sus besos, el niño ha tenido probabilidades de ser mejor que quien tuvo la desgracia de nacer en un hogar helado por el frío del egoísmo de una madre frívola y vanidosa.

La misión de la mujer, desde este aspecto considerada, es de tanta trascendencia que merece ser considerada como uno de los principales elementos de civilización y cultura de los pueblos, y para obtener este resultado no basta que la mujer sea solamente ilustrada: ha de ser digna a la vez, y hay que convenir en que para esto la tradición es superior a las bibliotecas.

El equivocado concepto respecto a la educación que debe darse a la mujer actual, es causa principalísima de los males que lamentan de continuo los que se preocupan de los males de la sociedad presente; esa ilustración, las más de las veces superficial, la importancia que ha

adquirido todo lo que a lo externo se refiere, la supremacía que se concede a lo ficticio sobre lo verdadero, la vida fuera del hogar y el ansia de exhibición, incompatible con el cumplimiento de los deberes de la modelo madre de familia, crean esta situación artificiosa y malsana en la que toda obligación resulta insoportable, en la que los hijos no son más que una pesada carga y en la que el matrimonio y la familia tienden, como consecuencia, a ser disueltas por estorbosas a quienes aspiran al insaciable goce de placeres materiales.

Es necesario que los moralistas se preocupen seriamente de contrarrestar esta corriente demoledora; se hace preciso fortalecer la conciencia colectiva, restableciendo la tradición nacional del culto al hogar, que ha formado las virtudes cívicas y privadas de las castizas damas españolas que fueron gala de nuestra Edad de Oro.

Y si es justo que se apliquen todos los medios de propaganda en pro de asunto

tan importante en nuestra Patria, no olvidemos que la América española es también nuestra raza y su tradición es la misma; hablando nuestro idioma, siendo igual su carácter, debido a tantos siglos como han formado con la nuestra una sola nación, la identidad ha de resultar perfecta, aumentando de día en día, a medida que las corrientes de simpatía vayan haciéndose más íntimas y constantes.

Los medios de comunicación, más perfectos cada vez, contribuyen en gran manera a estrechar los vínculos que nos unen a las naciones hermanas, facilitando el cambio de ideas y sentimientos que han de fortalecer los lazos que deben unirnos.

La perfecta inteligencia a que aspiran los hispanoamericanos que por patricios se tienen amantes de la tradición, ha de constituir la fuerza que oponga enérgica resistencia en el porvenir al predominio de razas extrañas cuya influencia es cada vez más poderosa, resultando el más gra-

ve peligro para la prosperidad de esta gran familia hispánica.

Las mujeres españolas y las americanas, unidas por el santo lazo de la tradición de raza, reanimando el espíritu caballeresco que ha hecho inmortal nuestra historia, inculcando en el alma de sus hijos el culto del pasado glorioso, pueden influir más y mejor que todos los tratadistas y políticos más hábiles, en la unión basada en una aspiración única de amor y de solidaridad.

Nadie como la mujer puede ejercer con perfección absoluta esta misión apostólica; ella tiene el hogar como esfera de acción, y los pueblos los forman el conjunto de hogares.

PUDOR FEMENINO

Nada más encantador que la mujer sencilla, virtuosa, que en el hogar es el iris que brilla y reparte su luz a la familia. Nada tan interesante como esa delicada criatura que, fuerte de espíritu y de voluntad, conforta con una consoladora palabra, con una dulce sonrisa, las desesperanzas, los desencantos de la lucha incesante de la vida.

Adorable siempre como hija, esposa y madre; cuando, en el primer caso, es báculo que sostiene y ampara a la ancianidad; en el segundo estado, cuando se adapta discretamente al carácter del hombre que le consagra su vida, su honor y su trabajo, y siempre abnegada, vive solamente para hacerlo feliz.

Nada tan sublime como, cuando madre, se consagra a sus hijos y hasta muere por ellos resignada y amorosa.

¿Y por qué, sin embargo, con harta frecuencia se la ha presentado por muchos escritores, algunos tan egregios que han simbolizado a un siglo, como el origen de todos los males?

Desde el poeta que, bajo las flores de su cadenciosa estrofa, la llamó «pérfida como las olas del mar», hasta el beodo que en la taberna la insulta con el cantar más grosero, la mujer suele ser el blanco de todas las sátiras más punzantes y denigrativas.

Es que, ser esencialmente frágil, se deja arrastrar de sus pasiones, y en su misma imaginación encuentra el combustible que la inflama, la impulsa y la arrastra al abismo.

Hay un carácter muy distinto entre el hombre y la mujer; aquél podrá tener sus extravíos, podrá llegar al crimen; pero, al fin, se detiene, reflexiona y retrocede en la senda del mal, reparando por com-

pleto sus faltas, sus delitos, y tiene una reivindicación en el mundo.

La mujer, por el contrario, una vez que ha perdido el pudor, una vez que sus mejillas no se encienden de vergüenza por cometer un acto indigno, persiste en el mal camino : el mal la atrae, ahoga su conciencia y persiste en él, sin que llegue a reivindicarse. Dios perdona sus extravíos, el mundo jamás los perdona ; de ahí que deba ser más fuerte el escudo que la defiende, y ese escudo es la virtud, el recogimiento, el pudor, porque aun los hombres más corrompidos se detienen y admiran al contemplar a una mujer que en los momentos de peligro invoca sentimientos tan hermosos y que la hacen aparecer, en medio de las impurezas del mundo, con la aureola de luz de una santa.

Al lado de esos tipos hermosísimos, hermosos siempre porque están embellecidos con la virtud de esas adorables mujeres que son el encanto y la vida de la familia, vemos a muchas mujeres que,

torpes y livianas, se preocupan primero de fruslerías, caen después en caprichos más groseros, y entonces, más o menos visiblemente, según la degradación de la caída, son el objeto del escarnio y de la vergüenza pública.

Estas mujeres son víctimas de haber perdido el sentido moral que nace instintivamente en la mujer, o sea el pudor.

Pues bien, si la mujer tiene grandes peligros en el mundo, tiene también su defensa en ese sentimiento que nace en su alma; basta sólo no perturbarlo, no arrancarlo, no arrojarlo al lodo, sino, por el contrario, que sea la raíz de todos los sentimientos, pues la mujer entregada al azar, sin más doctrina que la que se enseña generalmente, corre mil riesgos en las tormentas de la vida.

Los principios morales profundamente arraigados en el corazón, las enseñanzas del mundo comprendidas y sirviendo de norte en los pasos de la vida y el pensamiento fijo en los altos destinos del alma, son elementos que sirven de inquebranta-

ble apoyo para la mujer que sabe sacrificar todos los caprichos y todas las tentaciones para realizar el bien.

Existen dos bellezas : la una, material ; la otra, moral ; la primera reviste sólo formas que fascinan los sentidos, la segunda habla al pensamiento, conmueve el alma y arroja torrentes de luz a la inteligencia humana ; la primera es pura forma, la segunda es pura esencia.

La belleza material es producto de la naturaleza ; la belleza moral es el producto de la inspiración, que toma el color, el tono y la armonía de los sublimes sentimientos. No es preciso ser artista para crear la belleza moral : basta sólo inspirarse en la virtud, y en cada acto, en cada arranque del corazón, se refleja todo un tesoro de belleza moral. El artista lo que hace es grabar la belleza con el pincel, el cincel o la pluma ; le dará una forma externa que será la admiración del mundo : de ahí su gran superioridad ; pero a la belleza de los actos de la vida, la que resulta de las nobles inspiracio-

nes, son el encanto de aquellos que la puedan admirar y apreciar. La mujer puede expresar la belleza moral y producir con sus hechos maravillas.

La mujer que siente horror a todo lo que es bajeza, tedio, capricho, pasión perversa y vanidad pueril, puede decirse que posee en alto grado la belleza moral y la que se aparta de los extravíos de la imaginación, que tanto imperio ejerce sobre la mujer, excitándola a las malas pasiones y que lleva al absurdo cuando no se la contiene.

La mayoría de las mujeres que se degradan es debido a que no saben reprimir los primeros ímpetus de esa facultad de la inteligencia, de la imaginación, casi siempre enemiga del reposo, y, por lo tanto, de la felicidad, inflamando las pasiones perjudiciales e insensatas.

Cultivar en la mujer la moral en el pudor es la base de toda su grandeza.

«DIOS LO AMPARE, HERMANO»

Con esta fórmula hipócrita, despiadadamente egoísta, alejamos de nosotros al infeliz mendigo que estorba a nuestro paso, que apresuramos para llegar a tiempo a alguna diversión que nos aguarda o a ultimar algún negocio que ha de nutrir nuestro bolsillo insaciable, como es insaciable la vanidad que espolea.

Esta fórmula egoísta, que repetimos a cada instante, ahonda el abismo que cada vez separa más a los ricos de los pobres, al miserable del opulento, al que nada posee del que lo tiene todo; frase que excita en su misma hipocresía la desesperación del desdichado que, fustigado por el hambre, pide con doloroso acento a su hermano ahito un pedazo de pan : des-

esperación que, al revolvérsele iracunda en las entrañas, le arroja a los labios un torrente de insultantes reproches.

Este espectáculo desgarrador que se ofrece a diario a nuestros ojos nos hace crueles al habituarnos a ver con indiferencia el hambre y la desnudez de nuestro prójimo, considerando al mismo tiempo que hacemos bastante con encargarle a Dios que le proteja.

¿Y no es más justo y humano, más cristiano y caritativo, que socorramos nosotros mismos al que ha menester protección, y que siguiendo el ejemplo de aquel a quien invocamos en la forma antedicha, compartamos nuestro pan con el que de él carece? ¿No estamos acaso a esto obligados por los divinos preceptos? ¿A qué encomendar a Dios una tarea que está en nuestra mano realizar con un poco de amor al prójimo, y que constituye un deber ineludible?

Se me objetará a esto que no estamos obligados a ingresar en nuestro hogar a todo mendigo que encontramos en la calle

y cuyos antecedentes desconocemos ; que entre ellos hay mucha gente maleante que se sirve de este medio para realizar sus fines, que la limosna callejera aumenta la vagancia y la explotación de la niñez, y, finalmente, que no remedia nada, pues las más de las veces sólo sirve para enriquecer al tabernero.

¡ Nada de esto niego ! ; pero, tanto por unas como por otras razones, la mendicidad es una llaga social que es preciso combatir, pero no con emolientes que curan exteriormente y ahondan la llaga, sino atajando el mal en su raíz, que tiene como base las desigualdades sociales.

¿ Es esto posible ? Dejemos a los sociólogos perderse en el laberinto de tan intrincados problemas y vengamos a la práctica de un plan de reformas que den positivo resultado para la total extinción de la mendicidad callejera.

Bien sé que los Poderes públicos se ocupan siempre de tan importante asunto ; pero ¿ no es que dan remedios palia-

tivos, que tanto cansan al enfermo como al médico, en el continuo ejercicio de recoger a los mendigos y devolverlos a la calle, de soltarlos para inmediatamente volver a recogerlos?

¿Y no es injusto, por otra parte, privar de la libertad al que no tiene trabajo? ¿Es, acaso, un delito ser pobre? ¿Merece por esto la encarcelación?

Yo encuentro más práctico para reprimir la mendicidad y más digno para el mendigo, el sencillo procedimiento, y por lo tanto hacedero, que, sin ocasionar perturbación alguna en el régimen social, evita en absoluto el más horrible de los crímenes sociales, la más bárbara de las injusticias: la muerte por el hambre, que es el baldón más vergonzoso que oscurece las glorias y legítimos triunfos de la tan decantada civilización.

Una de las causas de la mendicidad es la emigración de los pobres de sus respectivos pueblos, viniendo en peregrinación a los grandes centros, imaginándose en cada población importante una nueva

Jauja que les brinda sus riquezas y delicioso *far niente*.

En las aldeas no existen los mendigos ni se ven más que los transeúntes.

Probado esto como un hecho, debería persistirse en la evacuación de los grandes centros de gente menesterosa, costeándosele el viaje a cada individuo, por una sola vez, a su pueblo, con la obligación expresa a las autoridades de proporcionarles inmediato trabajo, es decir, que todos los municipios se encarguen de la protección y vigilancia de los pobres de su jurisdicción.

Todos los individuos o familias necesitadas que excedieran de aquellos para quienes se encontrase trabajo en su propia aldea, podrían ser enviados a las inmediatas que tuviesen menos pobres a su cargo, y distribuída de esta manera la pesada carga podría ser socorrida con mayor facilidad la indigencia.

¿Que no bastaba este medio y los pobres excedían a los recursos de los pueblos encargados de su protección? Ape-

lemos al medio supremo, tan conocido y practicado entre los españoles en todos los momentos afflictivos; ¿no es España el país de las contribuciones? Justo es que se rebajen aquellas que sólo sirven para costear esa nube de parásitos que pueblan nuestra Administración, dificultando la marcha de la misma y restando fuerzas a la industria, al comercio y a la agricultura, y, en cambio, créese un impuesto sobre el capital, que sirva de socorro merecido al indigente, al que, sin culpa de su parte, soporta sobre su escuálido cuerpo todo el enorme peso de las injusticias sociales.

No puedo creer que nadie llegue a encontrar oneroso un impuesto de esta índole. ¿Acaso los ricos no satisfacen gustosos las exorbitantes contribuciones con que la vanidad les asalta a cada paso en forma del sastre y la modista en boga, el joyero, el revendedor de localidades de toros y de teatros, y cuanto se relaciona con el lujo en todas sus múltiples manifestaciones?

¿Por qué han de escatimar al indigente lo que dan a manos llenas a los explotadores de sus caprichos de ociosos? No es posible admitir esta hipótesis: la sociedad puede estar ofuscada, pero no creemos que llegue a ser perversa.

La prueba de ello está en que se sostienen inmensos y numerosos asilos a expensas de la caridad particular; pero esto no basta.

Es necesario reglamentar la limosna para hacerla abundante y fructífera, evitando cuidadosamente al mismo tiempo que vaya a manos de holgazanes y viciosos.

De esta manera, insensiblemente, sin sacrificio notable por parte de las clases pudientes, cesaría de una vez la mendicidad en España, elevándose la nación al estado de cultura a que tiene derecho a aspirar y se evitaría con esto a todo el que piensa y siente el doloroso espectáculo de la miseria ultrajada por el desdén de los ricos, y el que marchase presuroso en pos de una diversión o en busca de

un negocio con que engrosar su bolsillo, no se vería interrumpido en su marcha ni tendría que tranquilizar su conciencia con la fórmula hipócrita que encabeza este estudio.

EL LUJO

En medio de los resplandores que arroja al pensamiento y a la conciencia humana la penumbra del vicio y de la corrupción social, es bien palpable que la moral no se eleva en proporción que se desarrollan las ciencias y se aumenta el bienestar material en todas sus manifestaciones, merced a los esfuerzos incesantes del comercio y de la industria.

El desarrollo del lujo ha engendrado la concupiscencia, el desenfreno de los sentidos y las fantasías de la vanidad. La filosofía sensualista erige altares a la materia en vez de levantar los ojos hacia el cielo, para sentir en la armonía de los mundos la inspiración y la esperanza.

El lujo y el materialismo son las cau-

sas eficientes que determinan los casos que han dado motivo a la crítica severa de Max Nordau.

El progreso basado en el materialismo no ha llegado a la meta; no ha pronunciado aún su palabra última, definitiva; fuera preciso, para ello, elevar la moral social, combatir el lujo en su desenfreno, ennoblecer a la humanidad.

Cuando el pensamiento humano, influido por esa escuela materialista que ve sólo en el hombre la resultante de una serie de evoluciones y que tuvo su origen en el protoplasma, se hunde en las tinieblas del pesimismo, que es el predominio de la imaginación enferma sobre el sentido crítico, sondea las llagas sociales, cubre con un velo de tristeza el universo y entonces se borran de su vista todas las virtudes, todos los heroísmos.

El lujo y el materialismo son los lazos, las causas eficientes que alejan al hombre del matrimonio, como no sea efectuado en la forma en que según Max Nordau en su estudio sobre aquél, lo presenta.

Dicho estudio pudiera considerarse anfiteatro de anatomía en donde, con el escalpelo de su crítica, lo analiza en todas sus profundas llagas, que le hacen exclamar, presentándolas al público: «He aquí la mentira del matrimonio.»

Verificado éste sobre la base del interés, hostigado por el lujo, carece de toda consagración moral, y, por consiguiente, de toda razón antropológica; se convierte en sanción del egoísmo en vez de ser el santo lazo de la solidaridad humana. Finalmente, el matrimonio comercial constituye un baldón ante la moral de los pueblos.

Cierto es que el matrimonio, para cumplir con sus fines en el seno de la familia y de la sociedad, no debe tener únicamente por base la «afinidad electiva» de que habla Goethe, sino también los elementos que constituyen las impurezas de la realidad: los medios de subsistir.

Esta previsión, exenta de todo mercantilismo, no implica el rebajamiento de los caracteres ni la inmoralidad y degra-

dación del amor. No hay que confundir el comercio inmoral con la previsión precisa.

No es necesario «casarse pronto y mal», como ha dicho el inimitable «Fígaro»; esto tampoco es conveniente a una culta civilización.

El hombre, en edad temprana, puede forjarse un ideal, perseguirlo, dedicar a él todas sus energías y realizarlo con el trabajo y la perseverancia; entonces puede hallar su compañera, la que en los días de angustia y desesperanza le inspire con su dulce sonrisa cuál ha de ser el camino que lo conduzca al triunfo de sus ideales, que en todas las fases de la vida acompañan al hombre hasta su muerte.

El hombre que esto realiza obtiene mayor triunfo que aquel que, despiritualizando la existencia, rompiendo la unidad moral, busca, sin hallarla, su dicha en el imperio de la riqueza y en los esplendores del lujo. Esto es, en la mayoría de las veces, la causa del divorcio

—afrenta de la verdadera civilización— de los malos matrimonios, que por no dar un escándalo viven como dos enemigos atados a los eslabones de una misma cadena.

Hay que profundizar en las llagas sociales para conocerlas y combatirlas.

Estos nefandos matrimonios comerciales, de trascendencia tan trágica, son los que arrastran los extravíos de las teorías modernas. Establecen la más abyecta de las solidaridades; dejar a la sociedad el cuidado de los hijos, ensanchando las funciones del Estado, cuando éstas serán más perfectas cuanto estén más restringidas, es solecismo económico, es social herejía.

La noble dama que recogida en su palacio, templo de la moral y de la virtud, para consagrarse a los familiares deberes; la señora abnegada que en el modesto hogar de la clase media despliega todas las energías de su alma para sostenerlo y endulzarlo; la esposa del obrero que comparte con éste su rudo trabajo, su

pedazo de pan y, a veces, su miseria ; la mujer, en fin, que la poesía le ha llamado el ángel del hogar como esposa y como madre, si el anarquismo, en un día sin sol, alzara sus sangrientos ídolos sobre una civilización que a pesar de sus sombras e impurezas conserva todavía el sentido, el sentido de la moral y de la propia conservación, que deja tras de sí como trofeos de sus triunfos los inmensos ciclos de la Historia, si decretase sus leyes impías, obligando a las esposas a abandonar los hogares y a las madres a deshacerse de sus hijos, se sublevarían sus conciencias y lanzarían su grito de protesta contra los dictadores de esas leyes forjadas por la ofuscación y la barbarie.

LAS CONGRESISTAS

Tanto la Prensa como los elementos oficiales, los hombres de ciencia, todos aquellos que más o menos directamente están obligados, como señores de su casa, a agasajar al extranjero, haciendo los honores de ella a los invitados que acuden en día de recepción, todos, unánimemente, dedican encomiásticos artículos y discursos elogiosos en homenaje a los congresistas internacionales médicos.

Nadie, sin embargo, fija su atención, o al menos hace públicas sus observaciones, en que la visita de las eminencias médicas que los componen no vienen únicamente a demostrarnos los crecientes progresos de la Medicina, los adelantos maravillosos que, para consuelo de la po-

bre humanidad, nos demuestran en sus concienzudas Memorias, ni tampoco el entusiasmo con que luchan en bien de sus semejantes; los envía algo más íntimo, que habla al sentimiento y nos conforta el ánimo más aún que todos sus discursos, por lisonjeros que sean.

Ahora en que, por desgracia, la galantería ha pasado de moda, en que el desprestigio de la mujer, por la libertad de las costumbres, es innegable; ahora en que el matrimonio es combatido y ensalzado el divorcio, y en que el hogar se encuentra cuarteado, socavado en sus cimientos por la inmoralidad creciente, ningún espectáculo puede darse más hermoso que el que los congresistas nos ofrecen al ostentar de su brazo, satisfechos, a sus esposas, las que, amantes, les acompañan solícitas por el árido camino de las científicas investigaciones y qué mentís son para aquellos que creen que la mujer es una rémora, un pesado fardo que dificulta la marcha en los viajes de carácter perentorio, agitados y molestos,

sin hora ni aun minuto disponibles, como son los que los congresistas realizan.

Y, a la vez, otro mentís más enérgico para los que afirman que la mujer, frívola, impresionable y veleidosa, no es capaz de sentir al unísono los entusiasmos grandes, hondos, intensos que invaden el corazón de los hombres de ciencia; que son inaptas para identificarse con sus aspiraciones, para amar lo que ellos aman, para soñar con lo que ellos sueñen, para seguirles en sus elucubraciones, ya internándose en los profundos abismos de los secretos de la naturaleza, ya elevándose su espíritu en los sublimes arrobos del genio.

Mentís al que asegura que no es capaz de alentarle en los momentos de desmayo cuando ven difícil el logro de sus más nobles aspiraciones: perseguir el mal en sus orígenes, investigando las causas del más terrible azote que sufre la humanidad, que es, sin disputa, la enfermedad en sus diversas manifestaciones, siendo

entre ellas, las más crueles, las que la ciencia califica de incurables.

Estas horribles enfermedades, más crueles aún que una sentencia de muerte dictada por la Justicia al criminal, porque éste, hasta el último momento, sueña con la esperanza del indulto.

Para el enfermo incurable es la tortura física unida a la tortura moral ante la inapelable sentencia sin esperanza remota; no es ni siquiera la muerte instantánea del criminal dada por la ágil mano del verdugo; es la agonía lenta, angustiosa, sin fin marcado, inquisitorial, dantesca.

Nada más noble, más generoso, más digno de la admiración de la humanidad que la figura del hombre de ciencia que a ella dedica sus desvelos, que le consagra su vida en beneficio de la de sus semejantes, y al hombre grande en su sabiduría, sea cual fuere, que tal hace, cuando logra su triunfo, debemos todos los himnos, todos los entusiasmos, todas las apoteosis que se dedican al genio

en todas sus grandes manifestaciones.

Dignas también de aplauso, de toda veneración son estas nobles y sencillas mujeres que, alejadas de la cátedra, sienten y comprenden la ciencia a través del santo amor conyugal.

A su vez, el hombre de ciencia nos presenta, al hacerse acompañar de sus esposas, vivo ejemplo de que también el sabio sabe y puede, sin perjuicio de la ciencia, compartir su tiempo y su amor con la familia, con su digna compañera, que, como el buen Cirineo, le ayuda a llevar la pesada cruz del estudio, de las decepciones en su lucha con el ideal, inseparable carga de todo hombre que trabaja.

Tanto más satisfactoria es la presencia de estas damas en Madrid cuanto del extranjero nos importan las ideas disolventes que amenazan destruir el hogar con la práctica del divorcio y del amor libre.

Las señoras són, por lo tanto, la nota más simpática de estos Congresos inter-

nacionales; son las que, llenas de modestia, comparten con sus esposos los triunfos sin competir con ellos, pretendiendo eclipsarlos con su rivalidad, sino con orgullo sin soberbia y con alegría sin sombras.

Al regresar a sus patrias respectivas nos dejan, muchas de ellas, para no volver tal vez; nosotras les enviamos nuestro adiós más cariñoso; ojalá al entrar en sus hogares, de corazón a corazón, de alma a alma, al cambiar con sus esposos sus impresiones de España, pudiera algún Asmodeo sorprender para nosotras una sincera frase de añoranza.

LOS NIÑOS EN LOS TOROS

¿A quién no ha impresionado tristemente la presencia de los niños en la plaza de toros? No es el que en ésta se desarrolla espectáculo propio de la infancia, cuya imaginación, dúctil como la cera, graba en sí las primeras impresiones indelebles, de las que parten lo que ha de ser el hombre en lo futuro.

Uno de los argumentos con que defienden las corridas de toros sus partidarios, el es que se trata de una fiesta encarnada en nuestras costumbres a la que nos habituamos desde niños, cuando nuestros padres nos llevaban a admirar la guapeza del torero de moda.

Verdad es que las costumbres despiertan nuestras inclinaciones desde la niñez, y, modificando los sentimientos, se apo-

deran de la voluntad, halagan y excitan nuestra naturaleza, e imponiéndose, con dolorosa frecuencia, al moralista, al pensador y al filósofo, vienen a constituir la parte rutinaria e inconsciente, pero la más importante del organismo moral de los pueblos.

Y es tan poderosa la influencia de las costumbres en el corazón humano, que no basta a contrarrestarlas la voluntad individual, lenta y casi siempre estéril, por bien inspirada que sea. Es necesario que esa voluntad sea inmensa, poderosísima, partiendo de una fuerza social constituída por el Estado.

De otro modo, aunque la humanidad, impelida por la ley providencial del progreso, al fin concede el triunfo a sus apóstoles, el modificar cualquier costumbre es a costa de un trabajo titánico, rara vez logrado por el que lo acomete.

Las corridas de toros celebradas en domingo son perjudicialísimas, no solamente para la clase trabajadora, que puede dedicar a algo más provechoso para

su salud este día de descanso, sino que también para los niños, que libres el domingo de la sujeción de los colegios, los padres lo aprovechan, víctimas de un grave error, para llevar a sus hijos a los toros, creyendo con este obsequio recompensarles de toda la semana de sujeción y de estudio.

En los primeros tiempos del cristianismo se dedicaba este día a socorrer a los huérfanos, viudas y necesitados, a los encarcelados y enfermos. En nuestra época, menos dada al sacrificio individual, ya que se abandonan estos deberes, alejándonos a la vez de los templos, justo es que no lo hagamos para poblar, en cambio, esas plazas, en donde el médico espera para curar al herido y el sacerdote dispone la extremaunción para aquellos que tal vez vea expirar, dando su vida, que pertenece a Dios, a la patria y a la sociedad, sacrificada a la exigencia de un público que pudiéramos llamar cobarde y cruel.

Y es cobarde a despecho de los que

creen que este espectáculo viriliza, porque el hecho de impulsar una inmensa muchedumbre a un solo hombre a perder la vida por satisfacerse en sus instintos sanguinarios, es la más egoísta y baja de las cobardías.

Es verdaderamente asombroso ver cómo la fuerza de la costumbre hace que las mujeres, formadas para el amor; las madres, todo ternura para sus hijos, los lleven sonrientes de la mano a presenciar escenas de escándalo y de sangre, celebrando inconscientemente regocijadas el efecto de horror que lastima sus tiernos corazones, sus nervios, que sufren; su alma, que se entristece al ver la sangre derramada, al oír los mugidos de agonía del animal, antes robusto y hermoso, que yace al fin en un charco de su propia sangre, y ante el espectáculo terrible de la muerte, que se presenta a sus ojos prematuramente, en una forma brutal, impresionando su ánimo sin la trágica grandeza de los misterios profundos e insondables...

El niño, en los toros, se preocupa, sufre emociones violentas, rechaza su exquisita sensibilidad la diversión cruenta, rebelándose contra ella, sin comprender la tremenda lucha que se entabla en su cerebro, porque sus padres lo llevan y los padres no quieren nada malo; ve a éstos entusiasmarse ante el arrojó de los diestros; la madre anima con su mirada brillante aquel horrible espectáculo, y el niño, que por la autoridad que ejercen y por el amor que inspiran ve en sus padres el símbolo de todas las perfecciones, subyugado por esta gran influencia, se va adaptando al medio poco a poco, y ya sus nervios no luchan, su alma no se rebela, su espíritu no padece, y acaba por gozar también, como sus padres.

La sensibilidad, la ternura, el amor a la humanidad, la compasión por los brutos, a los que debemos considerar nuestros auxiliares, se van insensiblemente embotando, y el niño se hace egoísta, porque a sus satisfacciones sacrifica la vida de unos y otros. Sanguinario, por-

que goza con el derramamiento de la sangre, y cruel, porque no ve en el torero más que un instrumento obligado a divertirle, sin que conmueva su espíritu la idea de que ese hombre tiene un corazón que en el momento del peligro late por vivir con humanos anhelos, que tiembla por su juventud, por sus amores, por sus hijos, tal vez...

Embriagada la infantil imaginación del niño por el terrible dilema que se presenta ante el torero de matar o de morir, no alcanza a comprender la espantosa agonía que supone en aquel ser el ahogar, por complacer a su implacable tirano, todos los más puros y nobles sentimientos del alma.

¡No! Que no se diga que este espectáculo vigoriza el espíritu de un pueblo, porque el niño, después hombre, se habitúa también en él a vejar la dignidad humana al dirigir las más groseras frases al matador que le enoja, acostumbrándose a la vez al desprestigio de la autoridad, escarneciéndola e insultándola en

cuanto no satisface las exigencias de una muchedumbre ebria de vino y de sangre.

Un pueblo se hace grande despertando en los niños el amor al campo por medio de las romerías dominicales, tan frecuentes en otros países que tenemos por más adelantados.

El campo desarrolla la afición a la agricultura, fuente de prosperidad y bienestar de los pueblos; es base de salud y de alegría para los niños; bajo un cielo purísimo, y en presencia de los esplendores de la naturaleza, no se odia ni se blasfema.

Los lazos de familia se estrechan en esas fiestas campestres, donde los padres ven, gozosos, correr por las praderas a sus hijos, y los niños, después de estas excursiones, vuelven a sus hogares satisfechos, con las mejillas rosadas por un sano ejercicio y la alegría en los ojos y en los labios sonrientes. Nada ha conturbado sus tiernos espíritus, ningún espectáculo nocivo ha exaltado sus impresionables imaginaciones; el amor a la

naturaleza, que ennoblece y purifica, ha henchido sus corazones, inundándolos de luz y de alegría.

Si las autoridades restablecieran la supresión de las corridas de toros en domingo harían en pro de la infancia y de las costumbres de nuestro pueblo un inmenso beneficio, al que es necesario reconocer la importancia y trascendencia que tiene.

PUEBLERINA

Desde la carretera que asciende suavemente se derrama la vista sobre un campo tristón y rugoso, como el alma castellana que se alberga en su suelo.

Los terrenos agrietados, de los que arranca una vegetación enfermiza; los árboles ancianos, cuyas copas elevadas manchan bruscamente el cielo; el trigo, que parece agonizar en la hoguera que el sol enciende; cementerios que negrean con sus cipreses melancólicos; una casa de labor ruínosa y solitaria cuya vista evoca el recuerdo de otros tiempos; las ventas que llegan al borde de la carretera, blancas, brindando coquetamente su sombra, sus mesas y su agua fresca, que la moza garrida sirve a los consumi-

dores, todo este bello conjunto fija la atención del viajero que se dirige hacia Arenas.

Allá a lo lejos, al pie de las montañas, los ojos se distraen con el encanto de la mancha que en la llanura pinta el pueblo; es un grupo de casas blancas, como nidos apacibles, que duermen a la sombra de las torres feudales; los montañas parecen envolver la ciudad en un abrazo, y los pinares envían con el aire un beso perfumado por su aroma sano y rústico.

Arenas de San Pedro es en invierno parte de aquellos campos adormecidos que viven de sí mismos, comunicándose apenas con la capital y que va consumiendo discretamente los recursos, las alegrías y la vida que dejaran los huéspedes de la anterior temporada veraniega.

Pero hay un día en que la animación resurge, la sierra se despoja de su blanco sudario y vuelven las cigüeñas a la torre de la iglesia. Arenas de San Pe-

dro se despereza y sonríe en un alegre despertar.

El río se aleja coqueteando con las peñas de la orilla, acariciadas por sus besos, viejas peñas soñadoras que lo miran perderse en lo desconocido tristemente, y las aves, los árboles, las fuentes y las casas parecen desperezar sus músculos y mirar al sol vivificante, como los cisnes al salir del estanque y batir sus alas.

Al principio del verano, la carretera de Arenas se anima; los primeros coches que entran en el pueblo producen en los vecinos la curiosidad que todos los años se repite. Elegantes señoritas, envueltas en trajes claros, que llevan en sus ojos, en sus sonrisas y en sus ademanes todo un mundo extraño: la vida de Madrid, que, ya alegre, ya triste, ruin u opulenta, es bella con la belleza enfermiza de las grandes poblaciones habitadas por hombres y mujeres decaídos.

Arenas va resucitando; en la plaza, en el mercado, en los corros, los viejos, los mozos y las mozas comentan a los fo-

rasteros ; en todas partes se nota ese movimiento afablemente interesado de los pueblos a los que acuden gentes en verano. Ya hay animación en las tiendas, en los puestos de la plaza, en las calles y en los jardines. Ya la María, la señora Ambrosia, la Roja y la Serena alquilan sus casas ; estas buenas mujeres pueblerinas, hacendosas, honradas, verdaderas hormigas del hogar, que comparten con los hombres el rudo trabajo, las penalidades de las faenas del campo, sin abandonar por esto el cuidado de la casa y de los hijos. Alegres siempre, cantarinas como las aves que las rodean, esperanzadas siempre en el porvenir, inspirándose en el ejemplo de esas mismas aves, «a quienes Dios cuida de mantener». Esas mujeres, cristianamente educadas, sin ambiciones, sin odios, virtuosas, dignamente femeninas, son el firme sostén de la familia y, por lo tanto, de la sociedad. Mujeres ajenas a las teorías feministas, satisfechas al cumplir con su deber y que no tienen más orgullo que

criar profusamente hijos «para la patria y para el cielo».

Estas buenas mujeres engalanan sus casas, acogen con agrado al forastero, puesto que para ellas su venida constituye un motivo de esperanza y honrado beneficio.

Los vecinos de Arenas de San Pedro son gente sencilla que no ha perdido aún la ingenuidad del pueblo sano. Viven tranquilos, porque son modestos; son felices, porque no envidian, y son dichosos, porque no ambicionan.

Trabajadores y afables, siempre tienen una palabra cariñosa y sincera, y, en contra de lo que ocurre en casi todos los pueblos donde acude el forastero, tienen generosidad.

Ellos saben que son tres meses de ganancia y nueve de fatiga; que del dinero conquistado en los meses de verano depende el pasar mejor los de invierno, y ven, por esto mismo, pasar la riqueza al lado suyo y no cruza sus corazones la idea de apropiársela; sienten sobre sus

trajes burdos el roce de la seda y no la ambicionan; ven desfilan todas las tardes a los ricos en los coches, les prestan sus caballos, que criaron en sus cuadras, y los miran pasar paternalmente si los señores están contentos.

Próximo a terminarse el verano, les queda un día como de despedida en el que la alegría resplandece con mayor intensidad. Es el día de la fiesta de su Santo Patrón, Pedro de Alcántara. De los pueblos comarcanos acude un público entre profano y devoto, que sabe hacer compatible el culto a las fiestas religiosas como acude regocijado al baile popular, al son de la gaita y el tamboril, como también presencia ávidamente la excitante y siempre nueva, en su implacable monotonía, de las corridas de toros.

Nada, pues, más simpático que este pueblo acogedor, con sus casas limpias, sus carreteras, que parecen salones alfombrados de plata; su campiña, sencillamente bella; su cielo, constantemente azul; su río, que tiene el encanto de lo

eternamente alegre, y hasta su mismo sol, cuando se oculta, parece hacerlo perezosamente, con la melancolía del que cierra sus ojos a un espectáculo lleno de bellezas. Castilla, la venerable y severa matrona, tiene una sonrisa juvenil y coqueta en esta encantadora región, cuyos campos maravillosos están coronados por los pinares que negrean a lo lejos.

JURADOS Y PLEBISCITOS EN EL ARTE

Si es cierto que de la discusión brota la luz, los concursos están llamados a ser una garantía, y con este objeto, sin duda, se han formado de depuración del buen gusto, puesto que la selección que se hace en ellos de las obras presentadas al efecto, ha de ser esto prueba fehaciente.

Pero al estudiar cuestión tan importante para la cultura de las naciones, no todos estamos conformes con el actual medio de seleccionar la obra artística, asunto delicadísimo, en el que hay que fijar más atención de la que hasta ahora se le concede.

Los concursos artísticos revisten gran

importancia, porque, además de ser la más simpática manifestación de la cultura de un pueblo, median en ellos sentimientos tan sagrados e interesantes, tan respetables, como son la lucha por la gloria y la lucha por la vida.

Cuántas ansias y afanes; qué interminables horas de trabajo y de insomnio; qué agónicos desfallecimientos y vigorosas reacciones de voluntad invencible; cuánto amor y amargura supone cada fragmento, cada rasgo de una obra de arte, porque el arte verdadero no brota del cerebro humano sin un doloroso esfuerzo, que a veces agosta en flor a naturalezas mal equilibradas. Y a estos modernos torneos intelectuales de los presentes tiempos encuentro que debiera dárseles más importancia, más prestigio que lo que cabe en el estrecho círculo de los actuales concursos.

Está en la conciencia pública que el anónimo es en ellos una fórmula, y el lema un antifaz de tal transparencia que deja adivinar siempre la fisonomía impa-

ciente del autor disfrazado, y una vez conocido o adivinado el autor no es posible que en el reducido número de individuos que componen los Jurados pueda dejar de sentirse la influencia de la amistad, el prestigio del nombre, el prejuicio a lo nuevo y esa parcialidad anexa siempre a todo asunto en el que juegan encontrados intereses.

Los triunfos obtenidos en estas condiciones, por votación tan exigua, no pueden, en justicia, satisfacer el amor propio del autor ni considerarlos como timbres de gloria en su carrera artística, puesto que existe la creencia de que son, en términos generales, debidos a la intriga, creencia que los mismos competidores son los primeros en afirmar en el público al considerarse lastimados y postergados injustamente.

A su vez, los Jurados asumen una responsabilidad inmensa al hacer la selección que les está encomendada, sin obtener, en cambio, otra recompensa que serie interminable de disgustos al tener que

atrincherarse en su conciencia artística ante la avalancha de influencias de que son víctimas en estos casos, que los colocan en situaciones difíciles, hallándose ante el dilema de faltar a su conciencia o a sus particulares deberes sociales. Es la de estos individuos una situación poco envidiable, pues tienen la certidumbre de atraer sobre sí la animosidad de los desairados, la crítica malévola de la opinión y nunca la gratitud del agraciado, que siempre atribuye al poder de su genio el avasallador triunfo obtenido, aunque fuese conquistado merced a la amistad o a un momento oportuno de influencia.

Acude a mi memoria a este propósito que en Florencia, y especialmente en Venecia, en los tiempos en que era civil, comercial y militarmente gloriosa, se convocaba a la multitud, que decidía cuál de los modelos de Santa Fiore era el más bello, el más artístico y digno para la ciudad de Florencia, como en Venecia todos los monumentos de los legados a

la admiración de la posteridad son anónimos.

El arte era colectivo; el autor de San Marcos y el Palacio Ducal fué el pueblo, la asociación, no el ciudadano, el individuo, y lo mismo puede decirse del Duomo, de Milán.

El arte germinaba en el espíritu del pueblo, que prestaba al Dante la inspiración de los Cantos, como a Bocaccio asunto para sus novelas.

No es posible imaginar cultura artística más elevada que la de estos pueblos, que daban de la manera antedicha el más alto referéndum artístico que ha conocido la Historia. Por eso acostumbraban los artistas más insignes, al exponer sus obras, a mezclarse con la multitud a fin de recoger observaciones, que después utilizaban para reformarlas.

Las más sublimes manifestaciones del arte dimanaban de las más puras sensaciones del pueblo, que a tal grado de entusiasmo artístico llegaba que los cua-

dros más notables eran conducidos procesionalmente y colocados en altares, no como expresión de fe religiosa, sino como ideal del arte, y de esta suerte, el ingénito sentimiento artístico era educado cuidadosamente, dando como resultado los grandiosos monumentos en que los autores quedaban ahogados por la masa anónima que les sugería la inspiración y la técnica.

Esto que ocurría en Florencia y en Venecia en época de una cultura y amplitud de miras que, después de haber avanzado tanto el tiempo, nos llena de admiración, debe tenerse en cuenta como un medio de elevar el nivel artístico y sentimental de nuestro pueblo, tan capaz de amar y de sentir el arte como la antigua Grecia, pero al que le falta una luminosa orientación que le haga avergonzarse de su ignorancia y le aparte con horror del embrutecimiento en que hoy le sumen los toros y el futbolismo.

No pretendo que volvamos a la época en que el artista, identificado con el vul-

go, quedaba anulado por éste ; pero tampoco encuentro conveniente la actual emancipación, que perjudica al artista en el sentido ya expuesto, y más aún al pueblo, cuyo sentido artístico, en vez de ser estimulado, cultivado como don precioso que ennoblece a las naciones, es desdeñado, prescindiéndose de él como cosa despreciable.

Entre el artista que da forma y el vulgo que le inspira debe existir una armonía perfecta, estrechos lazos de simpatía que sirvan tanto de estímulo para el primero como de medio educativo para el otro.

En los monumentos erigidos por suscripción nacional es precisamente donde tiene mayor razón de ser que el público que los costea tenga derecho a elegir aquel que más le plazca ; dando, pues, a los concursos la forma plebiscitaria ganaría en cultura el pueblo, cesarían las sospechas de intriga y abuso que hoy pesan sobre los que actualmente se forman, el triunfo del artista sería más grandioso,

al mismo tiempo que se franquearía el paso al templo de la gloria a los artistas nuevos, realmente anónimos, que hoy agotan sus fuerzas en la tenebrosa lucha del favoritismo y compadrazgo.

PROPAGANDA FEMENINA

Cuando la mujer, apóstol del hogar, impulsada por sus propios extravíos, se lanza al arroyo, y en sus alucinaciones trata de hacer partícipes de su demencia a sus congéneres ignorantes, constituye un serio peligro para la tranquilidad de las conciencias, como también para el orden social constituido.

La mujer impetuosa, irreflexiva, que, no obedeciendo más que a sus instintos, rompe voluntariamente los lazos de tradición y de la moral cristiana, no piensa que sólo en éstas se hallan y pueden encontrar todos sus derechos y todas sus reivindicaciones. Cegada en sus anhelos de emancipación de todo deber, se lanza sin premeditarlo a propagandas suici-

das, buscando el logro por este medio de sus ideales bastardos, como son los que se basan en la anarquía y el amor libre.

En mi concepto, no debiera tolerarse estas propagandas, que tan nocivas son a la conciencia pública. ¿A qué consentir que se inocule un virus venenoso que, perturbando el cerebro inculto de la mujer ignara, haga preciso luego una represión violenta y a veces sanguinaria? Antes de que el mal se extienda, ¿no es preferible evitarlo?

Ya que tantas campañas se emprenden de saneamiento fisiológico, ¿no es conveniente de igual manera emprender otra de saneamiento moral, tanto o más importante que aquellas otras?

¿A qué aguardar a que el mal se desarrolle para verse obligados un día a aplicar el hierro candente con que el doctor Boeshaare amenazaba a las mujeres histéricas?

Estas propagandas nocivas, ¿no pudieran considerarse como derivación de las

maniobras de aquellos explotadores de la buena fe del vulgo, que trafican o pretenden traficar, más que el burgués odiado, con la sangre de la plebe?

¿Cómo no ha de ser posible coartar la libertad de tales propagandistas, que van tejiendo por su parte lo que a otros después, por la suya, les toca destejer?

¿Cómo se prohíben otras cosas, como, por ejemplo, el juego, que no daña más que a aquel que voluntariamente va a él, o todo lo más a su familia; pero que no da lugar a trastornos sociales en su fundamento?

De no poderse realizar esta coacción consideremos también la trata de blancas como un comercio legítimo, puesto que las madres mismas son en muchos casos las que lo fomentan, luego lo encuentran de utilidad y, por lo tanto, perfectamente admisible.

Censuremos a los que manifiestan celo en favor de la moralidad pública, que esclaviza injustamente, según la anterior teoría, a las sacerdotisas del amor retri-

buído, las *blancas* a que hice referencia.

Hermosa idea, sin duda, encontrarán algunos la de abolir la religión y practicar el amor libre inspirándose en los irracionales que lo practican. ¿Por qué no aspirar, pues, a ver a la sociedad en tan brillante estado de cultura?

¡Pobres seres aquellos cuyo ideal es convertirse en lo que considerarían un insulto si se les llamase!

Estos desgraciados seres que aborrecen la familia, ¿qué consuelo esperan en la vejez decrepita de unos hijos que nacieron al acaso? ¿Qué apoyo encuentran en la mujer de aventura en los momentos de enfermedad, de abandono y de desesperación?

¿Y la mujer no se encuentra en igual caso? Esas mujeres que vociferan las ventajas del amor libre, al pretender en su ceguera, real o fingida, destruir los lazos familiares y el prestigio del hogar, no ven cómo al descender del sitio de reinas de sus casas caen en el vergonzoso lecho de la mancebía. Si la reivindicación de la

mujer consiste en esto, disolviendo los fundamentos de la sociedad y los principios morales, es preferible que siga en el estado que los partidarios de las teorías disolventes llaman de barbarie.

NO NOS EUROPEICEMOS

Si la vanguardia moderna no me produjera el efecto de unos cuantos muchachos que apuran alegremente una botella de champaña, dedicaría unas líneas a transmitirles mis ideales de españolismo.

Hay mucho que decir y mucho más que hacer en la época actual, en que la innovación está de moda y es mirado con desdén, como arcaico y fósil, todo el pasado glorioso, tanto en las artes como en las letras, tanto en las armas como en la política.

Los esplendores de nuestra Historia quedan velados por el espíritu de extranjerización que agobia el alma nacional, ya que todo padece su influencia, ya que son tan escasos en número los que, sin más

armas que su esfuerzo personal, desnudo el brazo vigoroso que se alza a impulsos de un corazón valiente, se lanzan solos y denodados a su aniquilamiento, mirando aquel espíritu como a un tirano odioso.

La palabra europeización, que tanto ha venido empleándose en la Prensa, en la Cátedra y en los Ateneos, implica un menosprecio hacia lo nuestro de que no se dan cuenta los que tan inconscientemente la usan. ¿Cómo pueden conceder públicamente que se halla nuestra patria en tal estado de incultura que se hace necesario que el extranjero nos civilice? ¿Meditan suficientemente lo que esta civilización puede aportarnos? ¿No pudiera entrañar un peligro serio?

La sociedad ve aumentar ese peligro con la impavidez del que nada le importa, siendo escasísimos los que sentimos correr por nuestra espalda el escalofrío que presagia las grandes desventuras. Ante esta indiferencia general, ante esta sumisión inconsciente, el desánimo se apodera del espíritu y nos hacemos cóm-

plices de ese delito de lesa patria, indiferencia que es, además, suicida.

Justo es, por lo tanto, dedicar la atención distraída a la gravedad que encierra este servilismo en que nos hallamos por todo lo extranjero.

La anarquía, que intenta corroer nuestras grandes capitales; la utopía del socialismo, ejerciendo su fascinación en los campesinos ignaros; la emigración como consecuencia de esto; la irreligiosidad, que se acentúa, importaciones son que vemos naturalizarse en nuestra patria con la amenaza aún mayor del comunismo, y vemos todo esto aproximarse con fría e indiferente mirada, y hay quien llega a creer que pudiera ser beneficiosa hasta la emigración por darse casos de repatriación de emigrados enriquecidos.

Los intelectuales, moviendo la opinión pública, que pudiéramos llamar el nervio de la nación por ser la que imprime sus sensaciones a los gobernantes, que son el cerebro de aquélla, debieran hacerse cargo de su importancia

y comprender que un cerebro falto de sensaciones nerviosas no es más que una masa inerte, sin valor y sin energía, o bien que, si estas sensaciones son en exceso violentas, conducen a exaltaciones dementes.

El alma de la nación ignorante de su Historia u olvidando su pasado, su tradición y sus leyes, debilitadas sus energías en las rencillas políticas que ha venido padeciendo, oprimida por el caciquismo y maltratada por el régimen de elecciones, tan enojoso como insincero, se ha empobrecido y aniquilado, y, acomodándose, en su ruindad, lentamente a su miseria, es causa de esta apatía general, engendradora del estado de decadencia moral que padecemos.

Por esta causa, la intelectualidad que aspira al mejoramiento, no encontrándolo en sí misma, se orienta y busca más allá de la patria su desenvolvimiento.

La intelectualidad, mal orientada al inspirarse en lo externo, debe, por el contrario, internarse en sí misma, ahondar en

el conocimiento de nuestras instituciones, de nuestras leyes, de nuestro espíritu, de nuestra Historia; averiguar las causas de nuestras pasadas grandezas, ya que, haciéndonos justicia a nosotros mismos, está el resurgimiento, no el progreso ambicionado, con sus extravíos y deformidades.

No nos europeicemos; hay que españolizarse más y más cada día; en nuestros inmortales monumentos de legislación, asombro del mundo, encontraremos lo que ambicionamos; volvamos la vista hacia nuestra Historia y hallaremos en ella el secreto de nuestra grandeza, que ha consistido principalmente en haber hecho compatibles como en pueblo alguno la libertad con la justicia.

Esta labor de resucitar a España, de hacer una obra redentora honda y fuerte, el combatir el exotismo imperante como un figurín francés, no es una labor reaccionaria, sino altamente libertadora, que, al elevar el espíritu nacional, al sacudir su inercia y sus extravíos, ha de dignificarlo y engrandecerlo.

Nuestros intelectuales, tanto en la Cátedra como en los Ateneos, pero principalmente en la Prensa, paladín esforzado de todo progreso, que ha preparado tantas revoluciones derribando instituciones y tronos, que, por lo tanto, es el órgano más positivo y profuso de la opinión nacional, deben utilizar estos tan poderosos elementos dirigiendo acertadamente el criterio del pueblo y sus aspiraciones, que cuando son legítimas ennoblecen tanto como logran envilecerlo cuando son apasionadas, y, por tanto, injustas.

Vean que la anarquía, el socialismo, no son ya, como se ha dicho, el arpa de David consolando al eterno Saúl, el pueblo, sino armas de combate en la lucha, provocada por bastardos apetitos y desordenadas ambiciones.

Puesto que nuestra Patria padece ese estado de apatía nacido de las causas antedichas y que pudiera calificarse de morbos, al intentar sacudir esta apatía midan bien el alcance de la extran-

jerización; escuchen atentos la voz de nuestra Historia, que hacia sí nos llama enérgicamente, como una madre que ve que sus hijos se extravían y a cuya voz es necesario acudir, y no repudiar ingratos.

Volviendo en esta forma hacia lo nuestro, esos jóvenes intelectuales que ahora juegan al vanguardismo como quien alegremente bebe una botella de champaña, en vez de derrochar su talento y energías en extravíos caprichosos, constituirían una fuerza positiva que nos colocase en la vanguardia auténtica de la civilización del mundo.

EL TIEMPO

Muchas definiciones se han dado del tiempo, de esa imagen móvil de la inmóvil eternidad. Pero, entre todas, la más exacta, hermosa y científica se condensa en las siguientes palabras: «Es una sucesión de fenómenos de la Naturaleza que si a la voz del sublime artífice se suspendieran, todo quedaría en reposo: movimiento, fuerza, belleza y armonía.»

La creación, entonces, sería un eterno caos: el tiempo no existiría. Siendo, pues, el tiempo una sucesión de fenómenos, por la celeridad con que éstos se producen, podemos afirmar que el presente no existe, y nuestra existencia, por lo tanto, se desliza como un torbellino entre el ayer y el mañana. Estos dos polos cons-

tituyen el placer y el dolor, la dicha y el infortunio.

De ahí que el pasado, en su recuerdo, nos deleite o nos abrume; de ahí que tengamos siempre la vista fija en el porvenir.

La Ciencia ha logrado medir el tiempo como se mide el espacio. Su base ha sido la evolución del planeta y sus fases son la Tierra.

La cronología ha llegado a su perfección hasta el punto de fijar los segundos, los minutos, las semanas y esos ciclos que se llaman años. Pero esta medida, con relación a nosotros, varía de una manera asombrosa. El tiempo nos parece que va más despacio o más de prisa según la sucesión de nuestras ideas, de nuestros sentimientos, de nuestros dolores y de nuestras esperanzas.

¡Cuán pronto pasa el tiempo!, exclama el hombre entregado a su trabajo febril, que ansía terminar. ¡Cuánto tarda en llegar el día!, murmura el enfermo postrado en su lecho. Con su regularidad

matemática, el planeta sigue volteando indiferente, y el reloj marca a compás en los puntos de su esfera, cuyas horas, como ha dicho el más popular de nuestros poetas, no han de volver.

Esa velocidad o lentitud con que el tiempo transcurre según el estado de nuestro ánimo, es uno de los factores principales de nuestra infelicidad; porque si un día de placer, de gloria, de doradas ilusiones, es para el hombre un minuto, un día de impaciencia, de contrariedades y de iniquidades es un siglo. Los días que pasó Napoleón en Santa Elena fueron, para ese héroe destronado, de más duración que todo el período de sus conquistas y de sus glorias.

No hay, por lo tanto, compensación; ésta es una ley antropológica a la que no nos podemos substraer. Podremos invertir bien el tiempo y podremos aceptar el proverbio inglés: «El tiempo es oro», o bien repetir la frase característica: «Hacer tiempo»; pero la hora de placer será siempre para nosotros un momento y la

hora de dolor un día o un siglo; tal es la ley fatal de nuestra existencia.

Existe, sin embargo, un fenómeno psicológico que confesamos ingenuamente: ¿por qué cuando el hombre ha pasado del meridiano de la vida y avanza hacia su ocaso, le parece el tiempo cada vez más breve?

Si las horas de alegría, de placer, pasan tan veloces, y en cambio las de angustias y tormentos son tan lentas, ¿por qué cuando el hombre ha perdido las ilusiones y avanza hacia la senectud ve transcurrir tan rápidamente los días?

¿Qué contradicción es esa de la ley antropológica de que antes hemos hablado? Esa contradicción nace de dos elementos esenciales: la falta de esperanzas y el temor de perder la vida. Todo son decepciones y pesimismo; recuerda su edad proveya, consulta la estadística de mortalidad y quisiera poder decir al planeta: «¡Detente!» Así es que, a medida que avanza en su triste peregrinación por el mundo, el tiempo es tan ver-

tiginoso que parece que el planeta se precipita anhelando llegar al período en que debe morir.

Hemos dicho que ese fenómeno era una contradicción de la ley antropológica, cuya exactitud es incontrastable; sin embargo, examinando profundamente este hecho, se descubre que esa contradicción existente en las realidades de la vida no es el cumplimiento de una ley natural, sino efecto de una aberración del pensamiento humano.

No existen contradicciones en las leyes naturales; es el hombre quien las crea, apartándose de éstas. ¿Qué es la esperanza? ¿El consuelo del dolor? No. Esto corresponde a la resignación, bálsamo de todos los dolores, revelación la más sublime del espíritu humano. La esperanza es la perspectiva de una felicidad apetecida, soñada; pues bien, digamos: ¿qué esperanza puede halagar tanto al hombre que buscar la belleza y la armonía en otras regiones más puras y más hermosas? ¿Por qué ha de temer su

muerte cuando el porvenir nos sonríe en otra nueva vida?

Pues qué, ¿son tan halagadores y tan bellos los lazos que nos unen a la tierra para que sintamos dejarlos? ¿Qué nos ofrece el mundo cuando en el ocaso de la vida lo vemos sin los espejismos de las ilusiones y con todas las sombras de la realidad?

El materialismo abyecto en que vivimos ha marcado esa dirección del pensamiento humano; «todo para la tierra, nada para el cielo», ha dicho; y de aquí la desesperanza del anciano que mira con terror el reloj que va marcando las breves horas de su triste existencia.

Nosotros comprendemos que el hombre, en su orgullo satánico, estruja en su cerebro los gérmenes religiosos transmitidos por la ley de herencia; pero lo que no comprendemos es que no vea en el poder de la ciencia palpitar la omnipotencia divina; que no vea en las leyes morales la mano de un poder sublime; que no vea en la Historia el cumplimien-

to de leyes inexorables en el maleamiento de los pueblos y en la caída de los imperios.

Si lo comprendiera no erigiría templos a la materia; no le rendiría tan idólatra culto; no se sentiría tan apegado a una vida llena de inquietudes y de dolores, y al llegar a la vejez no sentiría correr el tiempo tan veloz ni anhelaría detener el planeta para prolongar una existencia tan precaria.

Resumamos. El tiempo es meramente una sucesión de fenómenos; no existe en sí mismo; no es una fuerza ni una entidad. El tiempo está en relación directa con el estado de nuestro ánimo, y si a la vejez aparece como contradicción manifiesta de la ley universal, la brevedad con que transcurre es porque el hombre vive más con los sentidos que con el alma; porque el hombre se separa de las leyes morales, cubre de sombras su camino en la vida.

Comprendemos perfectamente que estas ideas no cuadran con el período his-

tórico que atravesamos; comprendemos que parecerán a la generalidad como el producto de una inteligencia arcaica; sin embargo, ¿no son la expresión de la realidad? ¿No se grabarán en el pensamiento de algún desgraciado, que con ellas sentirá renacer en su espíritu la paz y la esperanza?

Este es el deber imperioso al escribir el moralista: irradiar la luz en la conciencia de una sociedad que, en medio de los progresos materiales, nota los estremecimientos de una consunción moral que ella presiente.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
UNAS PALABRAS AL LECTOR.....	5
El feminismo cristiano	7
Casa correccional de trabajo	13
La educación de la mujer	19
El dinero	27
«La Galera» de Alcalá	33
Soberbia y envidia	39
«La pobre chica» del hogar	45
Amaos mutuamente	53
La Tradición	59
Pudor femenino	67
«Dios lo ampare, hermano»	73
El lujo	81
Las Congresistas	87
Los niños en los toros	93
Pueblerina	101
Jurados y plebiscitos en el Arte.....	109
Propaganda femenina	117
No nos europeicemos	123
El tiempo	131

OBRAS DE LA AUTORA

TEATRO

En conciencia.

POESÍA

Cancionero de mi tierra.

Nuevo cancionero.

HAGIOGRAFÍA

Vida ejemplar de una Hija de María.

SOCIOLOGÍA

El servicio doméstico.

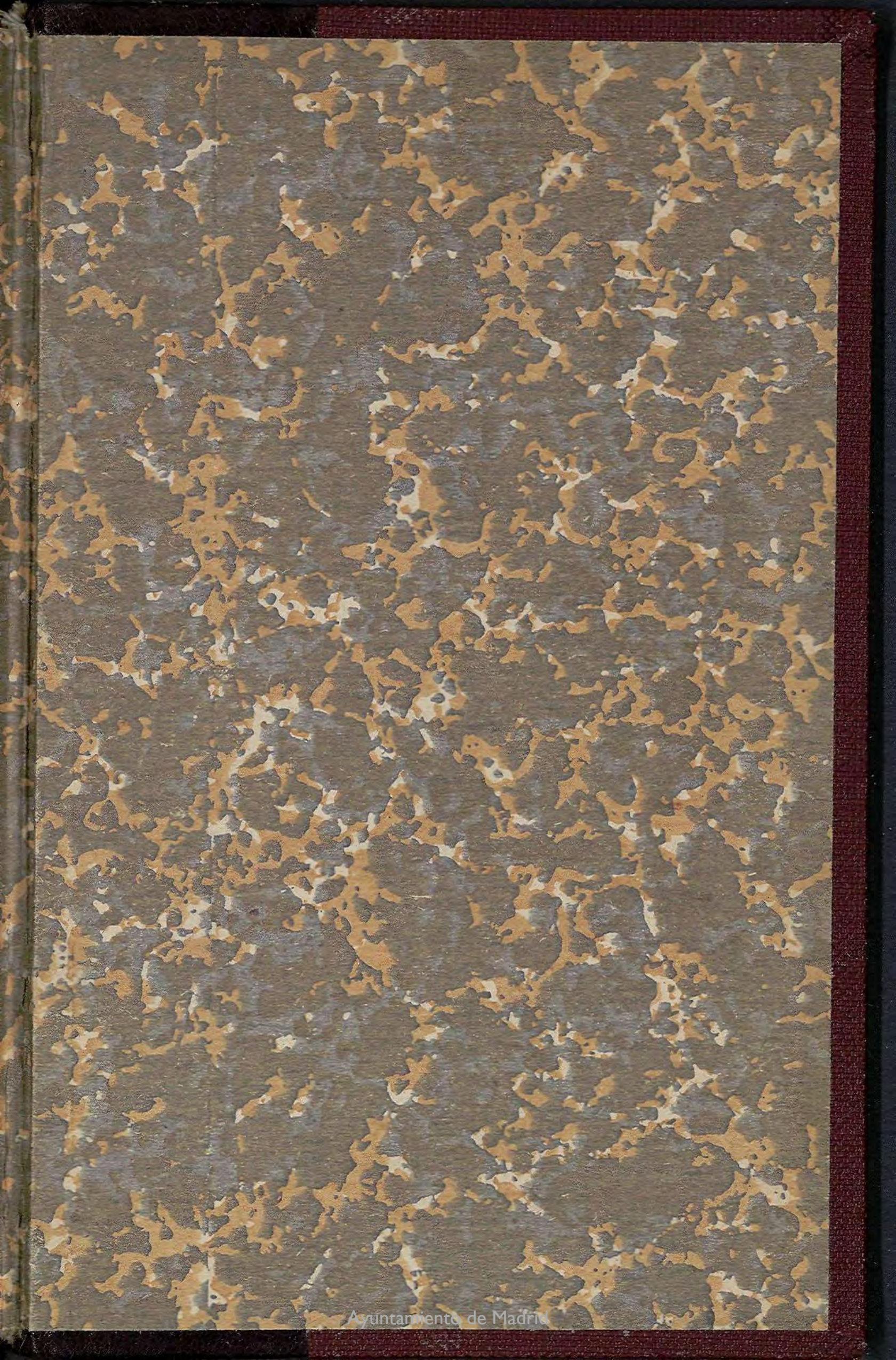
Feminismo cristiano. (Al calor del hogar.)

EN PREPARACIÓN

Sonetos.

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE
IMPRIMIR EN MADRID, EN
LA IMPRENTA DE JUAN
PUEYO, EL 31 DE
MAYO DE
1931

PRECIO: 3 PESETAS



MA
16

LIBRERIA

ANTON
DEL OLMET
FEMINISMO
CRISTIANO

LIBRERIA

LIBRERIA

IA
1608